EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

charles LAUGHTON
richard ARLEN

LA MUJER PANTERA

(Kathleen Burke)

LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS

LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS

Reservados los derechos de traducción y reproducción

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALAN
ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barberá, 16 - Barcelona

EDITORIAL "AS"
Publicación semanal

LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS

Muchas son las novelas apasionantes producidas por el gran novelista inglés H. G. Wells y en todas ellas la emoción del tema y la parte científica contenida en él han dado lugar a las más enconadas discusiones, si bien es verdad que entre toda su producción ninguna puede compararse con «La isla del doctor Moreau», de la cual ha sido realizada la producción «la isla de las almas perdidas». La emoción que contiene esta novela supera a todo comentario y el atrevimiento que expresa ese algo fantástico, sobre natural y científico, ha hecho que esta novela adquiera en el mundo entero un éxito editorial pocas veces conocidos.

Creación de

CHARLES LAUGHTON

PRODUCCION

Paramount Films

DIRECTOR:
J. M. MESSERI

Teléfono 73003
Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

PRINCIPALES INTÉRPRETES

Doctor Moreau . . .	CHARLES LAUGHTON
Eduardo Parket . . .	RICHARD ARLEN
Ruth Walker	Leyla Hyams
Lota «La mujer pantera»	Kathleen Burke

Dirección de
EALE G. KENTON

NARRACIÓN DEL FILM POR
MANUEL NIETO CALAN

LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

EL SUPERVIVIENTE DE UN NAUFRAGIO

EL «Covena» un barco de cabotaje avanzaba suavemente sobre las tranquilas aguas del océano y su caminar era lento y pesado. Envuelto en la niebla que apenas si dejaba ver más allá de la mano, el vigía del «Covena» iba verificando sondeos, al mismo tiempo que la sirena del buque no cesaba de sonar con el fin de evitar cualquier abordaje.

Dentro del barco se oían los ruidos más extraños, rugir de leones, aullidos de tigres, chillar de monos, diríase que aquel barco era un parque zoológico flotante que se trasladaba de un lugar a otro.

En grandes y enormes jaulas se hallaban encerrados magníficos ejemplares de leones, en otras eran tigres los que estaban encerrados, también sufrían un cautiverio semejante, jaguares, panteras, perros enormes de presa, monos, etc.

La tripulación no iba muy a su gusto con aquel cargamento y mucho menos todavía con algunos de los criados del que se hacía llamar Montgomery que era el que había fletado el barco.

El capitán del mismo era de una rudeza rayana en la crueldad. Un

viejo lobo de mar curtido en los peligros de las tormentas y de los huracanes y que sentía una verdadera debilidad por todo lo que oliese a alcohol.

Cuando el tal Montgomery le propuso aquel viaje, se resistió en un principio el capitán, negándose a emprender una ruta sin límite fijado de antemano, pero tan buenas proposiciones le hizo que al fin, tentada su codicia por los ofrecimientos de Montgomery, acabó por aceptar y permitió el embarque de todo aquel parque zoológico.

Hacía varios días que habían emprendido el viaje y la brújula marcaba rumbo a las costas de Apia, cuando una mañana, Montgomery se hallaba recostado sobre la borda del navío y vió de pronto una lancha que navegaba a la deriva. Pensó que tal vez fuera procedente de algún neufragio y volviéndose al marino que ocupaba la toldilla de mando le gritó desde su puesto de observación:

—¡M. Hogan!... ¡Bote a la deriva con un hombre a bordo!

El marino miró hacia donde le indicaba Montgomery e inmediatamente dió orden de poner proa hacia aquel lugar con el objeto de acudir en auxilio del que suponía un náufrago.

Cuando llegaron cerca de la frágil embarcación el mismo marinero dió la orden de lanzar un bote al agua e inmediatamente dos hombres se trasladaron a la lancha que navegaba sin rumbo y en cuyo interior había un hombre tendido.

Minutos después volvían al barco conduciendo el cuerpo inanimado de un joven que al parecer vendría a tener unos veinticinco años. Tenía la ropa deshecha y empapada de agua, síntoma de haber estado dentro del agua durante varias horas, su barba era espesa como de hacer varios días de estar sin afeitar y la palidez de su semblante denotaban los días de abandono que llevaría dentro de aquella frágil barquilla.

No obstante su decaímiento, se advertía en él un hombre de una musculatura fuerte y vigorosa, como acostumbrado a una labor dura y su cabello negro y brillante era ondulado, dándole a su rostro una expresión de simpatía suprema.

En brazos de varios marinos fué trasladado al barco y Montgomery al advertir su estado les ordenó:

—Llevadlo a mi camarote.

Los marinos lo condujeron al camarote del fletador del navío y aquél al quedar a solas con él, empezó a reanimarlo demostrando un conocimiento médico extraordinario.

El náufrago, tendido sobre la misma cama del doctor recobraba, poco a poco, el conocimiento, e insistentemente pronunciaba el nombre Ruth. Por fin abrió los ojos e intentó incorporarse. Montgomery acudió solícito a él y le dijo amablemente.

—Calma, amigo, mucha calma.

—¡Ruth!—volvió a decir el náufrago.

Montgomery procuró hacerlo acostar de nuevo y con la misma amabilidad le dijo:

—No se exalte... Le conviene serenarse.

—¿Qué barco es éste?—preguntó el náufrago mirando a todas partes.

—Es el «Covena»—le respondió Montgomery—. Un barco de cabotaje.

—¿Y cómo estoy aquí?—volvió a preguntar.

—Porque le recogimos medio muerto—le contestó Montgomery.

El muchacho se llevó la mano a la frente y como quien procura coordinar sus ideas replicó:

—Ahora recuerdo... Ya voy haciendo memoria. Ha sido horrible.

—Pero todo ha pasado ya. Se encuentra usted a salvo y nada tiene que temer.

—¿Y qué rumbo lleva este barco?—inquirió de nuevo el náufrago.

Montgomery guardó durante unos segundos silencio, pero antes de que el muchacho pudiese repetir la pregunta le dijo:

—Vamos rumbo a Apia.

—¿Rumbo a Apia?—pregunttó sin poder contener su alegría.

—Parece que le alegra el que nos dirijamos a este puerto—le dijo Montgomery sonriendo.

—Ya lo creo—exclamó el joven—precisamente me dirigía yo hacia ese puerto cuando nos sorprendió el temporal. Ha sido una cosa imponente. Estuvimos luchando durante varias horas contra él, pero al fin fuímos vencidos y nuestro barco naufragó...

Y en el plan ya de confidencias siguió diciéndole:

—Yo me llamo Eduardo Parker e iba hacia Apia para casarme...

—En el «Lady Vayn», ¿verdad?—terminó de decirle Montgomery.

—En efecto—respondió Eduardo Parker—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Pues por que interceptamos la petición de axilio por la radio.

—¿Tienen ustedes radio a bordo? preguntó alegremente Eduardo—. Desearía enviar un despacho.

—Podrá usted enviar el despacho que desea, pero no se excite. Ya le he dicho que le conviene serenarse... Tiene usted que tener mucho descanso... ¿Supongo que ese despacho será para Ruth?

—¿Cómo sabe su nombre?—preguntó extrañado Parker, que no se había dado cuenta de que lo había pronunciado varias veces.

—Lo sé, por que hace dos horas que le oigo lo mismo.

—Es mi prometida—le explicó Parker—. Ya le he dicho que en cuanto llegue a Apia nos casaremos.

Montgomery cogió un trozo de papel, sacó su estilográfica y escribió lo que Parker le dictaba diciéndole:

«Hotel Continental. Me encuentro a salvo en el «Covena», llegaré dentro de tres días. Abrazos, Euardo.»

Cuando Montgomery terminó de de redactar el despacho Eduardo no sabía cómo agradecerle todas las atenciones que con él tenía y le dijo:

—Muchas gracias, doctor... Porque supongo que usted es médico.

Montgomery cambió de color al oír aquello. Desapareció la sonrisa de sus labios y por sus ojos cruzó una ráfaga de melancolía. Parker ni siquiera se dió cuenta de lo que le pasaba y volvió a decir.

—¿No es cierto que usted es médico?

Montgomery hizo un esfuerzo sobre sí mismo y respondió, al mismo tiempo que abría la puerta del camarote para marcharse:

—Por lo menos... en un tiempo lo fuí.

Parker quedó extrañado de aquella contestación, pero no pudo hacerle ninguna nueva pregunta, puesto que Montgomery había salido del camarote y se dirigía hacia la cabina telegráfica para depositar el radiograma que acababa de dictarle Eduardo.

Pasó un día y al siguiente el aspecto de Parker había cambiado por completo. Había podido afeitarse, se había quitado aquella ropa que llevaba y gracias a la solicitud de Montgomery era un hombre completamente distinto. La simpatía que inspiraba quedaba aumentada con aquel cambio realizado en su físico y Montgomery le dijo:

—Ahora está usted fuerte. Puede salir conmigo que quiero presentarlo al capitán que todavía no sabe que está usted aquí.

— Con mucho gusto — respondió Parker que procuraba por todos los medios hacerse agradable a aquel hombre que tan elogiosamente se había portado con él.

Salieron a cubierta y vieron venir al capitán. Era éste, como hemos dicho, uno de esos lobos marinos, rudos y fuertes como pocos. Cuando vió a aquel desconocido en su barco se acercó a él, al mismo tiempo que los dos hombres avanzaban hacia donde estaba.

Parker quedó extrañado al advertir el cargamento de aquel barco todo compuesto de fieras y Montgomery que no perdía ni un solo movimiento de su rostro le dijo:

—¿Le extraña ver aquí tantas fieras?

—En efecto—respondió Parker—. Esto más que un barco parece un circo.

—Con una diferencia—respondió sonriendo Montgomery—que los animales del circo están domesticados y todos los que llevamos aquí son salvajes.

Siguieron avanzando y pasaron por un lado donde había diez o doce perros enormes y fuertemente atados que ladraban sin parar.

—¿Por qué los tienen amarrados? —preguntó Parker curiosamente.

—Porque estos perros son tan temibles como cualquier otra fiera. Son perros salvajes que casi no han visto a seres humanos. Líbrese de colocarse al lado de ellos porque lo sentiría.

Parker se quedó mirando a aquellos hermosos ejemplares caninos y a una indicación de Montgomery siguió adónde estaba el capitán, que se había detenido esperando que llegasen.

Cuando llegaron junto a él Montgomery le presentó a Parker diciéndole:

—Le presento a Parker... Eduardo Parker.

—¿Y quién es usted?—preguntó con su habitual rudeza el capitán.

Antes de que Parker respondiera Montgomery se adelantó y le dijo:

—Es el náufrago que recogimos del «Lady Vain».

Este quiso expresarle su gratitud al capitán y le ofreció la mano diciéndole:

—Gracias, capitán, por haberme dado albergue en su barco... Les debo la vida.

Mas el capitán sin agradecer la gratitud de Parker se volvió a Montgomery y le dijo airadamente:

—¿Cuándo lo recogieron?

—Ayer—respondió Montgomery.

—¿Y cómo no me avisaron?

—Por que estaba usted durmiendo.

—Pues haberme despertado.

—Es que además de dormir—le respondió Montgomery—, estaba usted borracho. Desde que hemos emprendido el viaje no he podido verle un día fresco.

El capitán extendió la vista por la cubierta de su barco y fijándose en todos los animales que llevaba respondió, para justificar sus borracheras:

—Con un cargamento así... ¿quién no lo está?

—Ya sabía usted lo que embarcaba—le reprochó Montgomery, que daba muestras de no querer seguir aquella conversación. Mas el capitán, sin adivinar el alcance de sus palabras, volvió a decirle:

—Es verdad que lo sabía, pero no creí que durara tanto tiempo este viaje... Desde Mombasa, con estos animales indecentes... y sin saber todavía a qué isla nos dirijimos.

—Para eso le pago bien—le dijo Montgomery.

Parker, al oír al capitán que se dirigían a una isla en vez de a Apia, como le había dicho Montgomery, no pudo impedir un gesto de asombro y se quedó mirando fijamente al capitán, que continuó diciendo:

—Sí, me pagan bien, pero no se me olvida que tengo que ir a una isla sin nombre que ni siquiera está en el mapa de navegación.

—¿Y dice usted que nos dirigimos a una isla desconocida?—preguntó Parker.

—Pero ¿usted no lo sabe?—preguntó extrañado el capitán—. Pues, sí, nos dirigimos a una isla sin nombre. Creo que la conocen con el «Sierrahuesos».

Montgomery, al darse cuenta de que el capitán hablaba indiscretamente sin fijarse en sus palabras, le llamó enérgicamente la atención diciéndole:

—Cuidado, capitán... Habla usted más de lo que debe.

—Yo digo lo que sé—replicó el capitán, sin acobardarse por el tono enérgico con que le había hablado Montgomery—. Esa es la isla del doctor Moreau y apesta por todos los mares del mundo.

Parker pensaba interiormente qué interés habría podido tener Montgomery en ocultarle el verdadero rumbo que llevaba el barco, y por más que hacía esfuerzos para encontrar un motivo al engaño de su amigo, no encontraba el por qué de aquella negativa en decirle el verdadero lugar al que se dirigían.

Montgomery, viendo que no podía hacer callar al capitán y que Parker empezaba a mirarlo extrañado, intenttó echar la cosa a broma y respondió:

—Esas son supersticiones de todos los marinos. De sobras sabe usted quien habita esa isla.

—Claro que lo sé—exclamó el capitán—. La habita ese hombre a quien llaman Moreau y que creo que es más malo que un temporal...

Montgomery sonrió, quitándole importancia a la conversación, y exclamó:

—Hable con más comedimiento de Moreau... Es un famoso hombre de ciencia.

El capitán lanzó una carcajada con esa rudeza propia de la gente de mar y exclamó:

—¿A eso llama usted hombre de ciencia?... Moreau es un violador de sepulturas... Todo el mundo lo sabe... Si no, ¿por qué está encerrado en esa isla?

Montgomery no quiso seguir por más tiempo la discusión, discusión que, por otra parte, resultaba interesantísima para Parker, que iba dándose cuenta de quien era aquel misterioso personaje.

En vista de que el capitán parecía con ganas de proseguir la conversación, le volvió la espalda y le dijo:

—¡Bah! Usted está borracho.

El capitán se acercó a él furioso y cogiéndolo por las solapas de la americana le dijo amenazador:

—¿Qué ha dicho usted?

—Nada—respondió Montgomery, al mismo tiempo que le quitaba las manos de encima—; hágase cuenta de que no he dicho nada.

El capitán se apartó unos pasos de él y terminó diciéndole:

—Más vale así, porque de lo contrario le demostraría que en mi barco quien manda soy yo.

UN SER EXTRAÑO

Parker se hallaba cada vez más admirado. No sabía a punto fijo quien tenía razón de los dos hombres al tratarse de aquella manera. Pero lo que no le cabía duda era de que allí existía algún misterio.

Aquella conversación trajo a su memoria ciertos relatos que había oído acerca de aquel misterioso doctor Moreau, pero los cuales eran tan fantásticos que no les había dado importancia alguna. En cierta ocasión, los hombres de ciencias se ocuparon de aquel médico y discutieron sus procedimientos. Llegaron incluso a llamarle loco y desafiaron a que lograse realizar lo que aseguraba poder hacer. Durante algunos meses la prensa mundial se ocupó de las teorías del doctor Moreau, hasta que finalmente se le acusó de asesino y se le persiguió.

Como por arte de magia el médico desapareció de Inglaterra, se le buscó por todas partes y nada se supo de él. Parecía como si la tierra se lo hubiese tragado, y lo más curioso es que junto con él había desaparecido también su ayudante.

Se basa la teoría de Moreau en la ley de los injertos, y en ese mundo de tan difícil exploración había querido él adentrarse como si al hombre le fuese posible corregir la obra del Creador.

Sin poderlo evitar sintió la inquietud de hallarse entre aquella gente y deseaba cuanto antes llegar a un puerto donde poder desembarcar y

cambiar de barco. Y no es que Parker sintiera miedo. Estaba acostumbrado a los peligros y su temperamento poco impresionable sabía sobreponerse a todas las impresiones y a todos los momentos por difíciles que fuesen.

En estas cavilaciones se hallaba cuando acertó a pasar por allí un ser verdaderamente raro. Tenía la nariz achatada, como la de un perro de presa, y sus movimientos eran descompasados, como del hombre poco acostumbrado a caminar. Sus dientes eran afilados, dejando entrever unos colmillos finísimos como los de un can. Una larga melena le cubría las orejas y sus ojos vivos y movedizos iban de un lugar a otro como expresando cierto temor.

Tenía las manos agarrotadas y sus uñas eran diferentes a las de los seres humanos, es decir, que eran una especie de pinchos sin ese color sonrosado de las uñas humanas, sino verdosas. Además, por entre los dedos le asomaban unos pelos cerdosos, lanudos más bién, y mientras marchaba miraba hacia donde estaba la jauría sin demostrar el menor temor.

Llevaba un enorme caldero con comida, y el capitán al verlo se le quedó mirando y le dijo airado:

—¿Dónde vas?

—Para los perros — respondió el individuo, con un sonido extraño, que llamó también la atención de Parker.

El capitán miró el caldero que llevaba y con una indignación incomprensible le dijo:

—¿Bazofia?... ¿No hay bastante con los animales que llevamos a bordo?

Montgomery se volvió al individuo y le dijo:

—Sigue Mling y no hagas caso... Está borracho.

—Conque estoy borracho, ¿verdad?—exclamó en el colmo de la indignación el capitán—. Pues ahora verá lo que hago yo estando borracho o fresco.

Y de un puñetazo hizo rodar por tierra a aquel individuo que no se había metido con él para nada.

Aquel acto produjo en Parker tal indignación, le sublevó de tal forma el ver cómo maltrataba a un ser que no había cometido la menor falta, que sin poderse contener y dejándose llevar por sus propios instintos se acercó al capitán y le dijo:

—Sólo un borracho puede hacer lo que usted acaba de hacer con ese hombre.

Pero si el capitán consentía que

Montgomery le llamase borracho, no era lo mismo con Parker y le lanzó un directo, que de haberle cogido lo habría tirado por la borda.

Eduardo esquivó el puñetazo, pero respondiendo de igual forma y tan certeramente que el capitán rodó por la cubierta casi, sin sentido.

Mientras permanecía en el suelo, Parker se acercó al otro individuo y trató de ayudarle a levantar.

Las melenas que cubrían casi el rostro del individuo a quien Montgomery llamara Mling, se habían separado hacia un lado dejando al descubierto una de sus orejas y Parker con la extrañeza, mejor dicho, con el asombro natural vió que las orejas de aquel hombre eran iguales a las de un perro. Se quedó mirando fijamente a Montgomery como si le pidiera una explicación de aquello, pero el médico se acercó a él y cogiéndolo por un brazo se lo llevó de aquel lugar diciéndole, antes de que el capitán pudiera levantarse.

—Vámonos de aquí, que ésto se pone malo.

Luego se dirigió a Mling y le ordenó:

—Tú, vete a tu sitio.

—¿Quién es ese... individuo?—preguntó Parker resistiéndose a darle el nombre de persona a un ser semejante.

Montgomery, fingiendo no darse cuenta de la extrañeza del joven, le dijo:

—Es mi criado y el capitán la tiene tomada con él desde que emprendimos éste viaje. Váyase usted donde no le vea porque esto pinta mal.

El mismo lo acompañó hasta su camarote y lo encerró allí, para evitar que el capitán lo buscase y pudiera suscitarse nuevamente la pelea.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba se divisó una pequeña isla en lontananza y en el barco empezaron los preparativos para la descarga. Parker comprendió que había llegado a la isla de la que hablara el capitán el día anterior, pero en vista de que Montgomery no había querido darle ninguna explicación, sinó que rehuyó todo cuanto se refería a aquella conversación, no quiso ser indiscreto y nada preguntó del particular. A lo único que se decidió fué a no abandonar aquel navío si es que continuaba su viaje a dejar que Montgomery se fuese con aquel misterioso Moreau a la isla de la que tan mal hablaba el capitán.

Unas horas después se divisó una goleta que se acercaba rápidamente

al barco donde iba Montgomery y poco después los dos barcos quedaron jntos, el uno a babor del otro.

—¡Vamos, pronto! —ordenó el capitán a su gente, sin fijarse en la presencia de Parker—. Desembarcar pronto toda esta gusanería que llevamos a bordo.

Eduardo Parker que estaba al lado de Montgomery le preguntó:

—¿Es Moreau aquél?—. Y señaló hacia un hombre que se hallaba sentado a la popa de la goleta.

Montgomery no respondió a su pregunta y Parker le preguntó de nuevo:

—¿Por qué tanto misterio con Moreau?

No obtuvo respuesta y entonces fué a preguntárselo al segundo de a bordo que le dijo:

—No lo se, ni quisiera saberlo nunca. Se ha hablado mucho de ese hombre, unos dicen que está loco y otros que es un sabio... Yo no sé quienes tendrán razón, pero lo mejor es apartarse todo lo posible de su lado. A mí esta clase de seres no me satisfacen.

Habían terminado las operaciones de descarga, los animales habían sido trasladados a bordo de la goletta y el capitán le gritó a Hogan:

—¿Listo para despegar?

—Listo—respondió el segundo de a bordo.

Entonces se dió cuenta el capitán de la presencia de Parker y al ver que se quedaba allí y no se iba con Montgomery le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

—Voy a Apia—respondió Parker.

—No será en este barco—exclamó el capitán dándole un puñetazo que le hizo caer por la borda a la goleta que aún continuaba arrimada al barco.

Montgomery al verlo caer y darse cuenta de que el «Covena» empezaba a despegarse, llamó al capitán, gritándole:

—¡Atención, capitán, que habéis perdido a un hombre!

—Os lo regalo—respondió el capitán—. Y dirigiéndose a sus hombres les ordenó:

—Adelante y a toda máquina.

—¿Qué dice ese loco?—preguntó el hombre a quien Parker había señalado como el posible doctor Moreau.

Parker, para no perder el tiempo en discusiones, intenttó agarrarse a la escala del «Covena», pero el capitán ordenó subir ésta y quedó dentro de la goleta gritando:

—Capitán, que tengo que ir a Apia.

—Pues como no vayas nadando... Lo que es en mi barco no irás.

—¡Eso es contra la ley!—protestó Montgomery—. ¡Este hombre es un náufrago!

—¡Al diablo la ley!—respondió el capitán, cuyo barco ya se había separado por completo de la goleta—. Yo soy aquí el amo y hago lo que me dá la gana.

Entonces fué Moreau el que intervino diciendo:

—Yo no puedo llevármelo.

—Pues échelo por la borda como yo—exclamó el capitán abandonando la borda, para no discutir más.

Y segundos después el «Covena» ponía rumbo a Apia, dejando en la goleta del doctor Moreau a Parker sin saber que partido tomar.

EL DOCTOR MOREAU

El doctor Moreau, era uno de esos seres a quienes basta verlos por una sola vez para sentir cierta repulsión hacia su persona. No era que se tratase de un hombre grosero y desparrado, nada de eso, su aspecto era el de cualquier hombre. Vestía en aquella ocasión un traje completamente blanco y en su mano derecha llevaba una fusta con un látigo de cuero en la punta.

Era de rostro regordete, con un pequeño bigote que cubría su labio superior y en sus ojos se refleja un brillo extraño que resultaba difícil sostener su mirada.

Su personalidad, científicamente, había sido muy conocida durante el tiempo que permaneció en Londres. En dicha capital dió varias conferencias que suscitaron muy enconadas discusiones, hasta que sus procedimientos fueron conociéndose y entonces la justicia tuvo que tomar parte en ellos.

Moreau comprendió que corría peligro y que ni en Inglaterra, ni en ninguna otra parte del mundo podría proseguir sus experimentos y entonces decidió buscar un lugar apartado donde conseguir realizar aquella obsesión de toda su vida.

Hombre sin escrúpulo alguno, capaz de todo por lograr la realización de su invento había conseguido comprometer a Montgomery, de tal forma, que éste se vió tan perseguido como él. De aquella manera Moreau, se hacía con un auxiliar eficaz al mismo tiempo que leal, ya

que el miedo de verse detenido por la justicia lo ponía a cubierto de cualquier indiscreción suya.

No obstante Montgomery jamás tomó parte en sus experimentos. Sentía por ellos verdadero horror y se reprochaba interiormente aquella ayuda que prestaba a Moreau. Su conciencia le acusaba contínuamente, pero el mismo temor le hacía seguir al lado de Moreau y ver como día por día avanzaba en sus descubrimientos que, en algunos casos eran horripilantes.

La presencia de Parker en la goleta inquietaba a Montgomery por la suerte que pudiera correr el muchacho. Estaba ya cansado de tantas víctimas y cualquier cosa hubiera hecho con tal de impedir de que Parker hiciera el viaje a la isla.

Eduardo, por su parte, no se hallaba muy a gusto al lado de aquellos dos hombres aún cuando le bastó la primera mirada a Moreau, para comprender que éste era muy diferente al otro.

En la mirada de Montgomery había destellos de nobleza, de sinceridad, en la de Moreau se advertía la falsía la hipocresía cruel de un ser para quien no hay más amor que su propia persona, ni más culto que el que a sí mismo se rinde. Pero la situación de Parker era tan grave que no le dejaba lugar para grandes esperanzas y terminó por confiarse a su suerte y procurar salir de aquéllo lo mejor posible.

La tripulación que había traído Moreau en su goleta era también extraña. Tipos rarísimos y a cada cual más interesante se presentaban a su vista.

Todos ellos actuaban con una inconsciencia que daba la sensación que no actuaban por cuenta propia, sino impulsados por una fuerza superior, o por aquel terror que parecía producirles Moreau.

Algunos de aquellos hombres tenían estaturas desproporcionadas, sus brazos caían sobriamente sobre sus cuerpos y sus maneras de andar se parecían a las de los monos. El rostro de éstos era también parecido al de un cuadrumano y su bocaza al abrirse dejaba ver una fila de dientes que imponían terror. Indudablemente la fuerza de aquellos hombres debía ser portentosa y sin embargo el doctor los trataba con una desconsideración temeraria.

Otros de los tripulantes tenían el rostro poblado de pelos y apenas si se les podía ver una pequeña parte de él. Los brazos de éstos guardaban una desproporción grande con las de su cuerpo y su andar era más pausado. De cuando en cuando, al

mirar brillaban sus ojos con codicia felina y al advertir la presencia del doctor se alejaban produciendo unos sonidos guturales que parecían rugidos más que nada.

Lo más extraordinario en todos ellos eran las manos. Ninguna de ellas se parecían a las manos humanas. Se asemejaban, eso sí, pero había algo en ellas que resultaba difícil de comprender y analizar, pero que las distanciaban mucho de las manos humanas.

Muchos de ellos tenían la cabeza deforme sin guardar esa simetría casi general en los demás hombres y hasta había algunos que trepaban por el palo de la vela con una agilidad que dejaba ver claramente que se valían tanto de las manos como de los pies.

Todo aquello resultaba tan misterioso para Parker, que a pesar de no haber conocido jamás el miedo, no podía menos que sentir cierta desazón en presencia de aquéllos seres que parecían carecer de alma.

El doctor Moreau, cuando vió desaparecer el barco procuró dulcificar su voz y le dijo:

—Es sensible lo que ha ocurrido.

—También a mí me contraría mucho—replicó Parker—. Tenía imperiosa necesidad de ir a Apia.

—Pues solamente hay un medio para ello.

Parker se le quedó mirando, convencido de que le iba a hacer alguna proposición y Moreau le dijo de nuevo:

—Mañana podrá ir con Montgomery en la goleta... ¿Le parece bien?

—Encantado y muy agradecido—se apresuró a decirle Parker.

Moreau queriendo realzar la personalidad de Montgomery en algún sentido volvió a decirle orgullosamente:

—Montgomery no es mal marino... Con él irá usted muy seguro.

—Vuelvo a repetirle mi agradecimiento, lo mismo que al señor Montgomery por las molestias que le vengo ocasionando—le dijo Parker, que hubiera deseado estar ya lejos de Moreau y en camino a Apia.

Uno de los tripulantes, el más corpulento de todos se acercó a una de las jaulas de los leones y se quedó con la mirada fija en ellos, hasta que se dió cuenta Moreau y le gritó imperioso:

—Gola... ¡Fuera de estas jaulas!... ¡Que no vuelva a sorprenderte al lado de ellas!

Sin la menor resistencia el individuo se alejó de allí y volvió de nuevo a su trabajo.

Otra de las cosas que más llamó

la atención de Parker fué el silencio que guardaba toda la tripulación. No se le oía más que algunos monosílabos y aún estos muy escasamente.

Así pasaron varias horas hasta que por fin llegaron a la isla donde habitaba el doctor Moreau. Había una especie de embarcadero construído de maderas y troncos de árboles. A la llegada de la goleta aparecieron varios hombres iguales a los que componían la tripulación, como si toda aquella isla estuviera poblada por seres semejantes.

Saltaron a tierra los tres hombres y Montgomery se acercó a Moreau diciéndole:

—Vamos a descargar... Primeramente sacaremos los monos y luego las jaulas.

—Sí, sí—respondió con cierta indiferencia Moreau, sin dar importancia a las palabras de Montgomery y como si estuviese preocupado por un pensamiento.

Montgomery le siguió diciéndole:

—Pasaré la noche con Parker en la goleta y así no podrá ver nada.

Moreau, como quien acabara de tomar una resolución se opuso al deseo de su auxiliar y le dijo:

—No, me lo llevaré a la casa... Se me ha ocurrido algo...

Parker se acercó a ellos y dejó de contemplar a todos aquellos seres que tan extraños le parecían y Moreau le dijo con extraordinaria amabilidad:

—¿Quiere usted ser mi huésped por esta noche?

Parker comprendía que lo mismo sería aceptar que negarse. Estaba en poder de aquel hombre y nada podía hacer para librarse de él. Seguro de ésto aceptó el ofrecimiento de Moreau y le dijo:

—Mientras que Montgomery presencia la descarga nosotros podemos ir hacia la casa... El se reunirá luego con nosotros.

Parker siguió al doctor hacia el interior de la isla y a los pocos metros el doctor inició la marcha adentrándose en una abertura enorme que había en la tierra. Al entrar en ella se volvió hacia Parker y le dijo seriamente:

—Quizá le sorprenda lo que vea... Desde luego cuento con su prudencia aquí y su silencio fuera de esta isla.

—Descuide doctor, que lo haré así—exclamó Parker.

El doctor se inclinó hacia el suelo y recogió una piedra que se la mostró a Parker diciéndole:

—Formación calcárea... Curioso... ¿verdad?

Parker no le respondió. Toda su atención estaba concentrada en varios individuos que vió correr por delante de ellos y que se subían y bajaban de los árboles...

El doctor hizo restallar su fusta y aquellos individuos huyeron precipitadamente. El doctor sin dar importancia al hecho siguió explicándole la procedencia de aquella piedra y le dijo:

—Esto ha sido el cráter de un volcán.

Salieron al otro lado de la abertura y cruzó ante ellos varios de aquellos seres tan extraños, haciendo que Parker hiciera un gesto de colocarse en guardia. Varios de ellos se habían subido a los árboles y otros se escondían entre la maleza para verlo pasar. El doctor sonrió ante el gesto de Parker y procuró tranquilizarlo diciéndole:

—No se intanquilice... Esto no tiene nada de particular.

Y a latigazos echó a todos los que los espiaban hasta dejar en un buen trecho libre el camino.

Parker lo veía manejar la fusta repartiendo latigazos y le dijo irónicamente:

—Maneja usted muy bien la fusta.

—Lo aprendí de niño en Australia.

Se advertía también que el doctor no era un hombre muy explícito. Sus palabras parecían encerrar todas un doble sentido y tal vez aquel oculto sentido era lo que verdaderamente quería decir y no lo que sus labios.

Siguieron andando hasta que por fin divisaron una casa a lo lejos y el doctor señaló hacia ella diciéndole:

—Allí está mi casa y donde pasará esta noche.

Parker, cada vez más intranquilo por los pobladores que iba viendo en la isla, no quiso ni responder para tener más tiempo de observar.

Mientras él corría una aventura tan extraordinaria, Ruth Walker, la prometida de Parker, esperaba la llegada de su novio que la había avisado su llegada en el «Lady Vain». Mas en vez de llegar éste lo que llegó fué la noticia de haber naufragado y la pobre muchacha sintió que su corazón se desgarraba de dolor. Deseosa de inquirir detalles de cómo había ocurrido aquella desgracia fué a la consignataría de buques y allí se enteró de que en efecto, el vapor en el que viajaba su novio había naufragado sin que se tuviera noticia de que se había salvado ningún pasajero.

Convencida de su desgracia, pero sin que en sus ojos brillara una sola lágrima con esa fortaleza tan propia de las almas grandes salió de las oficinas consignatarias y leyó en la puerta la lista de los desapa-

recidos. Entre ellos figuraba Eduardo Parker, el hombre a quien tanto adoraba y con quien debía unirse para siempre dentro de pocos días.

Con el alma traspasada de dolor se fué otra vez al hotel y al poco de llegar, un camarero cruzó ante ella gritando:

—«¡Señorita Ruth Walker!» «¡Señorita Ruth Walker!».

—Aquí—exclamó la muchacha levantando la vista.

El camarero le entregó un radiograma que acababa de recibirse a su nombre y que era precisamente el mismo que había enviado Parker desde el «Covena».

Ruth tuvo que ahogar un grito de alegría y corrió nuevamente a la calle para saber el día de la llegada del barco. Ansiaba más que nunca estar al lado de Eduardo, después de las angustias pasadas, y como si temiera que nuevamente pudiera ser víctima de otra desgracia.

LA CASA DEL DOCTOR MOREAU

La casa del doctor Moreau se hallaba escondida en plena selva y era la única vivienda en la isla. No se trataba de una mísera cabaña como podría haberse supuesto, sino de un edificio de mampostería de construcción sólida y de aspecto atractivo. Pintada de blanco, parecía una gran paloma vista desde lejos, entre el verdor del follaje, y allí había instalado desde hacía años su residencia el doctor.

La casa tenía dos pisos y su amplitud era verdaderamente extraordinaria si se pensaba que allí vivía solamente una persona. A la entrada había un magnífico jardín donde florecían las flores más raras que se hubieran podido ver y los arbustos eran de formas extrañas como si pertenecieran a varias especies diferentes.

La entrada la cerraba una fuerte verja de hierro, guarnecida de gruesos barrotes terminados en punta, que hacía casi imposible el escalamiento. Sus murallas eran al mismo tiempo altas y completamente lisas, sin duda para poder evitar que pudieran subir por ella. Ya dentro del jardín, se advertía la mano de un hombre, no solamente aficionado a la floricultura, sino que también un gran conocedor de la botánica. Aquellas especies tan diferentes de arbustos y flores eran una prueba irrefutable de este conocimiento del dueño de la finca.

Eduardo miraba todo aquello con

verdadera curiosidad. No se comprendía una residencia así en una isla completamente abandonada y hasta desconocida para casi todo el resto del mundo.

Echaron a andar por el jardín y Eduardo advirtió a la derecha de la entrada, conforme se entraba, una gran piscina, que indicaba que su compañero no era uno de esos hombres que por estar alejado del mundo civilizado olvidaban la limpieza de su cuerpo y el ejercicio físico. Era la piscina de amplias dimensiones y recibía un pequeño chorro de agua continuo. Sobre ella caían ramas de árboles dándole una visión encantadora.

Siguieron por un pequeño sendero y llegaron a otra nueva puerta, que, como la primera, estaba cerrada por una verja y con los mismos barrotes de hierro.

Eduardo pensó que el doctor no era hombre desprevenido y que había tomado bien sus precauciones. La casa, tal y como la iba viendo, resultaba casi una fortaleza inexpugnable.

—Ya llegamos—le dijo el doctor, volviéndose al joven.

Eduardo no contestó. Le faltaba lo que se dice tiempo para admirar todo aquello y sus ojos recorrían cada uno de los nuevos detalles que se presentaban a su vista. El doctor comprendía aquella curiosidad del joven y le dejó inspeccionar a su gusto, hasta que finalmente, sacando las llaves de la puerta, abrió la casa y lo invitó a entrar.

Eduardo sintió en aquel instante una emoción inmensa. Pensaba en lo que habría detrás de aquella reja. ¿Qué sería aquella casa para él?... ¿Volvería a salir de ella?... ¿Qué nuevas sorpresas le esperaban dentro?... Mas su fortaleza se sobrepuso a todos estos razonamientos y entró decidido. Estaba convencido que lo más prudente en aquella ocasión era demostrar que no sentía el menor miedo y que sabía arrostrar el peligro con la entereza de un hombre que está acostumbrado a él.

Interiormente la casa ofracía un aspecto extraño. No había una sola puerta de madera en el piso bajo y los diferentes departamentos estaban separados por verjas de hierro de igual forma que las puertas de entrada. Más que una casa parecía aquello una cárcel con sus correspondientes celdas. Esto no dejó de llamar la atención de Eduardo, perc se abstuvo de hacer ningun comentario esperando que el doctor se lo explicase. Pero éste sin dar ninguna importancia a lo que tanto llamaba la atención de Eduardo, se acercó a una escalera interior y le dijo:

—¿Quiere usted que subamos?... Arriba estaremos mejor.

—Vamos — respondió lacónicamente Eduardo, siguiendo al doctor, hasta llegar al único piso superior que había en la casa.

Esta parte de ella se diferenciaba absolutamente del resto de la vivienda. Aquí no había nada extraordinario y tan solamente se advertía la misma precaución en algunos de los departamentos. En el que entraron existía la reja y Eduardo pensó que sería aquella la celda que se le destinaba. El doctor obrando siempre por su propia voluntad entró en el departamento más amplio de la segunda parte de la casa y le dijo amablemente:

—Supongo que tendrá usted apetito... En esos barcos se suele comer muy mal.

Eduardo se encogió de hombros, como dándole a entender que le daba lo mismo.

El doctor, otra vez le dijo:

—Deseo que se considere aquí como en su propia casa. Nada de etiqueta y obre a su gusto.

— Muchas gracias — respondió Eduardo, que en verdad no agradecía en nada toda aquella familiaridad.

El doctor encendió un cigarro y le dijo de nuevo:

—¿Supongo que antes de comer querrá usted tomar una ducha y cambiarse de ropa?

En efecto, nada mejor que aquella proposición. Sus nervios, puestos en tensión desde hacía tantas horas necesitaban un reposo, algo que los entonara y nada mejor que una ducha fría. Además la ropa que llevaba puesta estaba sucia y el cambiarse de ella representaba una satisfacción para el joven.

Aceptó encantado la proposición del doctor y éste le dijo:

—Pues entonces, yo mismo le indicaré donde está el cuarto de baño. Creo que encontrará usted todo lo que necesite, pero si algo le hiciese falta, llámeme que haré que se lo lleven enseguida.

Eduardo sonrió para darle las gracias y siguió nuevamente al doctor por un pasillo, hasta llegar a un nuevo cuarto. Aquí la puerta se diferenciaba de las demás. En este cuarto no había la puerta de hierro de los otros y era de madera como la de cualquier casa de una ciudad civilizada.

El doctor abrió la puerta e indicándole el amplio cuarto de baño le dijo:

—Ya está usted en él, le repito que si algo necesita llame sin temor a molestar.

— Muchas gracias — respondió

Eduardo—, pero creo que hay de todo.

—Eso supongo yo también—terminó diciendo el doctor—. Hasta luego amigo.

Eduardo quedó solo y antes de ducharse inspeccionó todo el cuarto donde se hallaba. Indudablemente el doctor era un hombre que le gustaba vivir con toda comodidad a juzgar por lo que haba visto. Aquella pieza era amplísima y estaba provista de una magnífica ducha y un hermoso baño. En otro testero estaba enclavado el lavabo y sobre una mesa había peines, cepillos para los dientes, colonia, esponja, y cuanto hace falta para el aseo personal del hombre.

Nada faltaba, ni nada podía pedir que no estuviera allí al alcance de su mano. Sentía el joven en aquellos instantes una pesadez extraordinaria en los músculos, algo así como un desgarramiento interior de sus articulaciones y comprendió que aquella debilidad muscular se debía a la nerviosidad que desde hacía horas sentía. Dispuesto a recobrar nuevamente su estado normal, se desnudó rápidamente y se sumergió en el agua. Un torrente de agua fría cayó sobre su cuerpo al hacer funcionar la ducha y la caricia del líquido entonó de tal forma su cuerpo que minutos después se hallaba completamente tranquilo.

Salió de la ducha y se frotó con la colonia que había encontrado sobre la mesa, se cambió de ropa y cuando ya estuvo peinado y afeitado salió nuevamente al pasillo por donde había venido.

Allí se encontró al doctor que le preguntó:

— ¿Cómo se encuentra usted ahora?

— Perfectamente — respondió Eduardo con tranqulidad—. La ducha es algo prodigioso para el cuerpo.

—Sobre todo — le dijo el doctor sonriendo—, si se está nervioso, como usted lo estaba hasta hace poco... No me negará que desde que llegó a esta isla su extrañeza por ciertas cosas habían excitado su sistema nervioo.

—Así es, no tengo porqué negarlo — respondió el joven—. Me han ocurrido tantas cosas extrañas en tan pocas horas, que cualquier organismo por normal que sea habría experimentado la misma sensación...

—El doctor Moreal no respondió al razonamiento del joven y echando a andar continuó diciéndole:

—Ya ha llegado Montgomery y nos espera para cenar... Vamos al comedor.

Entraron en una nueva pieza y

allí se encontró Eduardo con Montgomery, que estaba sentado ante una mesa preparada con tres cubiertos. Aquello le indicó que los únicos comensales que habían eran ellos tres. Un criado, el mismo que llevaba Montgomery en el barco era el que les servía la comida.

Otro detalle que advirtió Eduardo fué el que en toda la cena no hubo un plato de carne. Los alimentos eran todos vegetales y pensó que tal vez aquel hombre a fuerza de vivir aislado del resto del mundo había adquirido la costumbre vegetariana. Pero a pesar de ello había algo que le hacía comprender que no era un convencido de aquel sistema de alimentación, ni lo practicaba en absoluto, puesto que si bien era verdad que la carne no existía, había sin embargo bebidas alcohólica, cosa que les está prohibido a los vegetarianos.

La cena transcurrió sin incidente alguno, comentando Montgomery los incidentes ocurridos en la travesía sobre todo, la defensa que Eduardo había hecho de su criado y la actitud del capitán del barco.

—Ese hombre es un animal—comentó el doctor Moreau—. No se comprende de otra forma la conducta que ha observado con usted. La ley marina prohibe abandonar a un náufrago hasta llegar al punto de destino del barco, al menos que el mismo náufrago quiera hacer un trasbordo en cualquier buque que encuentren en alta mar y que vaya en la dirección que él desea.

—Verdaderamente es sensible— repuso Eduardo—. Necesitaba llegar a Apia cuanto antes y esto retrasa mi llegada.

—No se apure — le respondió el doctor—. Mañana emprenderá usted el viaje y nuestro amigo Montgomery lo llevará en la goleta.

Llenó nuevamente la copas de coñac y paladeando una de ellas expresó su admiración por el líquido, diciéndole a Montgomery:

—¡Excelente coñar, amigo!... ¿Ha traído mucho?

—Bastante—respondió Montgamery.

El doctor, después de beber de un trago la copa, la dejó suavemente sobre la mesa y dirigiéndose a Eduardo le dijo:

—Montgomery es un hombre entendido, especialmente en la selección de licores.

—Así es en efecto — respondió Edurdo, bebiendo su copa—. Este coñac es excelente.

Mling el criado en cuya defensa, salió Eduardo entró en el comedor y el doctor le ordenó:

—Llévate todo, Mling.

El criado fué recogiendo cuanto

había sobre la mesa y nuevamente las manos de aquel ser llamó la atención de Eduardo. Instintivamente miró hacia la cabeza del individuo y las orejas idénticas a las de un perro hizo que lo mirara con verdadera extrañeza. El doctor advirtió esta extrañeza del joven y sonriendo amablemente le dijo, cuando el criado hubo desaparecido.

—Usted es hombre discreto, ¿verdad?

—Por tal me tengo—respodió secamente Eduardo.

—Así lo espero yo también—volvió a decirle Moreau—. La discreción es una virtud que muy pocos comprenden y sin embargo es esencialísima en los hombres.

Se había levantado, sin quererle dar más explicaciones y tomó de una mesa cerca a la que estaban, una caja de cigarros y se la ofreció a Eduardo diciéndole:

—Aquí tiene usted, cigarrillos, coñac, allí está su cuarto y su cama. Con su permiso nosotros nos retiramos.

Parker hizo ademán de salir pero el doctor se interpuso en la puerta y sin perder su gesto de desesperante amabilidad le dijo en tono de súplica:

—Preferiría que no saliese de aquí, Mr. Parker.

—Cumpliré su deseo, señor doctor?—respondió el joven, dispuesto a seguir todas lar órdenes de aquel, con tal de poder marcharse al día siguiente.

Moreau salió acompañado de Montgomery y una vez estuvieron en el pasillo aquel le dijo a su ayudante:

—No conviene que vea... Vaya al laboratorio.

—¿No va usted también? — preguntó extrañado al doctor.

—Luego iré, pero ahora quiero «llevarla» a Parker.

Montgomery miró extrañado al doctor y éste con su natural sonrisa de cínico le dijo:

—¿Por qué crees que lo traje aquí?

—No lo adivino—respondió Montgomery.

—Pues es bien fácil. Es el primer hombre que ve. Nosotros somos para ella muy diferentes... Nosotros solo le inspiramos terror.

—¿Y cree usted que Parker...?

—Eso es lo que voy a averiguar—terminó diciendo el doctor, como adivinando la pregunta que dirigía su ayudante—. Quiero saber como reaccionará ante Parker... ¿Se sentirá atraída?... ¿Será capaz de sentirse atraída como cualquier otra mujer?

—Lo dudo—respondió Montgomery—. Piense usted que ella...

—Sí, ya lo sé, pero por eso es preciso hacer la prueba. Hay que probar si posee los impulsos amorosos femeninos. Fuera de Londres no se me hubiera presentado una oportunidad como ésta y tenemos que aprovecharla.

Cruzaron otro pasillo y llegaron ante una puerta de verja de hierro.

LA MUJER PANTERA

El doctor Moreau entró en ella y llamó a una mujer, que al verlo se arrinconó temerosamente en un rincón.

—Lota—le dijo—. Ven que quiero hablar contigo.

La mujer fué acercándose felinamente hasta él, como si se arrastrara doblegada ante alguna amenaza. Cuando llegó a donde estaba el doctor, éste le acarició la espesa cabellera que tenía y le dijo:

—Lota, te he enseñado muchas cosas, ¿verdad?

—Sí—respondió la mujer, con un acento extraño.

Lota representaba ser una mujer de unos veinte años. Era de rostro agraciado, si bien sus ojos brillaban de una manera intensísima. Su rostro no observaba la misma forma oval que el de las otras mujeres, sino que tendía más bien a ser puntiagudo, aun cuando esto no desmerecía ni rebajaba la belleza de ella. Su cuerpo, cubierto únicamente por un taparrabos, era flexible y ágil como el de un felino, y sus pies, al posarse sobre el suelo, parecían temer incluso hollarlo.

Andaba encorvada. no por naturaleza, sino por el miedo que le inspiraba el doctor. Este, en tono amable, procurando ganarse su confianza, le dijo nuevamente:

—Todo lo que sabes te lo he enseñado yo, pero ahora quiero que aprendas algo por ti misma.

Lota se le quedó mirando sin comprenderlo y Moreau siguió diciéndole:

—Ha llegado un hombre del mar. Te llevaré con él, te dejaré con él y le hablarás de lo que quieras menos de mí.

—Sí—respondió humildemente la muchacha.

—Tampoco le hablarás nada de la ley.

— No — respondió Lota haciendo gestos negativos con la cabeza.

—Nada de la casa del dolor—insistió el doctor.

—No—volvió a decir la joven, sin atreverse casi a levantar la vista.

—¿Entiendes bien todo lo que te he dicho?... Nada de mí, nada de la ley y nada de la casa del dolor.

—Está bien—replicó la muchacha.

El doctor la tomó por una mano y llevándola consigo la sacó de su habitación diciéndole:

—Ven conmigo.

Se dirigieron hacia el cuarto donde había quedado Parker, pero antes de llegar a él, Lota vió a un hombre de proporciones extraordinarias que la miraba codiciosamente y lanzó un grito, negándose a continuar andando. El doctor se encaró con aquel individuo y le ordenó enérgicamente:

—Vete, Logan.

El individuo no hizo caso y el doctor, más amenazador todavía, se dirigió hacia él diciéndole:

—¡Fuera!... ¡Fuera de aquí!

Logan gruñó interiormente y se alejó de allí, ante la amenaza del doctor. Cuando desapareció, Lota volvió a seguir al doctor y junto con él entró a la habitación de Eduardo.

Este, al ver al doctor acompañado de aquella muchacha, se levantó inmediatamente y salió a su encuentro. Lota, ante el desconocido, hizo un gesto de temor y el doctor le dijo acariciándola:

—No tengas miedo, Lota. Mr. Parker vino del mar.

Eduardo miraba extrañado a la joven y el doctor quiso explicarle su procedencia diciéndole:

—Es polinesiana pura... La única mujer en la isla.

Parker no podía comprender qué era lo que se proponía el doctor llevándole a aquella muchacha y Moreau, para evitarle la duda, le dijo:

—Aquí los dejo solos, jóvenes... Que pasen buena noche...

Volvió a salir y Parker, ante la actitud de temor de Lota, se acercó a ella y le dijo galantemente:

—Siéntate.

La muchacha obedeció lo que para ella era una orden y Eduardo, tomando un cigarrillo de la caja, se lo ofreció diciéndole:

—¿Un cigarrillo?

Lota movió la cabeza negativamente. Sus ojos brillaban con más fuerzas que nunca y había en su mirada un algo extraño que Eduardo no podía comprender. Parecía como sugestionada por la presencia de él y poco a poco iba acercándose, demostrando cada vez menos temor.

Eduardo, en vista de que el silencio se prolongaba demasiado, intentó empezar la conversación y le dijo:

—Tendrás que perdonar mi sorpresa.

Pero Lota no le respondió, seguía con la vista fija en él y cada vez se iba acercando más adonde estaba el joven, que volvió a preguntarle:

—¿De qué isla eres?

Tampoco obtuvo respuesta su pregunta, y Parker, decidido a hacerla hablar, insistió en su pregunta diciéndole:

—¿Tahití?... ¿Samoa?...

Lota no respondía. Parecía un ser inconsciente cuyo único pensamiento era la presencia de Eduardo. Este comenzaba ya a molestarse de tanto silencio y otra vez le dijo:

—¿Dónde está tu casa?

—¿Casa?—preguntó a su vez ella, aparentando una gran ignorancia.

—Sí, tu casa... O mejor dicho, ¿dónde estaba tu casa?

—Esta es mi casa—replicó la muchacha con humildad.

—Bueno, ya sé que ésta es tu casa, pero tú no naciste aquí... ¿verdad que no?

Lota, sin comprender nada de lo que le decía, seguía en aquel examen desconcertante para Eduardo, que de nuevo le dijo:

—Tú no eres como los otros, ¿verdad?

El se refería al doctor y a los demás seres que había visto en la isla. La humildad de aquella mujer, su belleza y todo en ella le incitaba a creer que era un ser completamente diferente a cuantos poblaban la isla.

—¿Por qué no hay más mujer que tú?—le preguntó Eduardo.

—No sé—le respondió Lota.

—¿Tampoco sabes por qué te trajo aquí el doctor?

—No sé—volvió a decir ella.

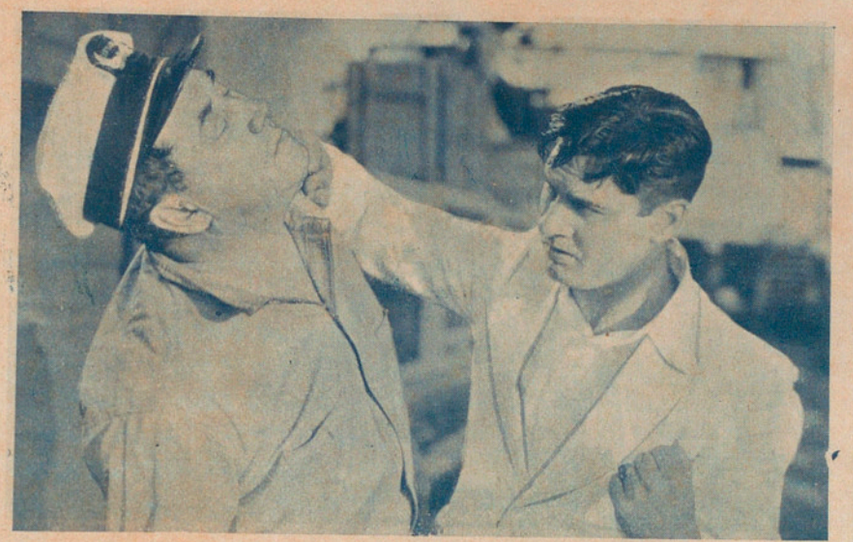
Eduardo, creyendo que había sido indiscreto con aquella pregunta, trató de excusarse y le dijo:

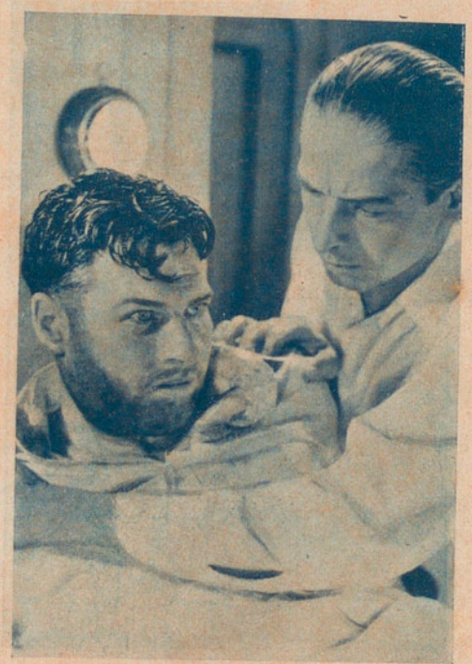
—Perdona si abuso en preguntar. Tú también puedes preguntarme lo que quieras.

Ella sonrió por primera vez. Su sonrisa era de infinita tristeza, como la de un ser que posee un gran pesar, y le preguntó:

—¿Tú has venido del mar?

—Sí, vine del mar—le dijo él amablemente, haciendo que la muchacha se sintiese más confiada a su lado y que hasta se sentase junto a él—. Soy un náufrago.

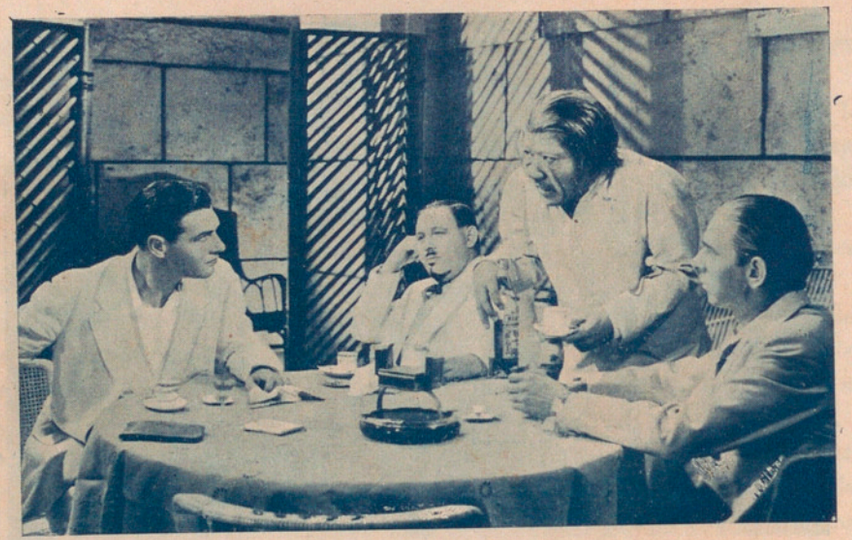




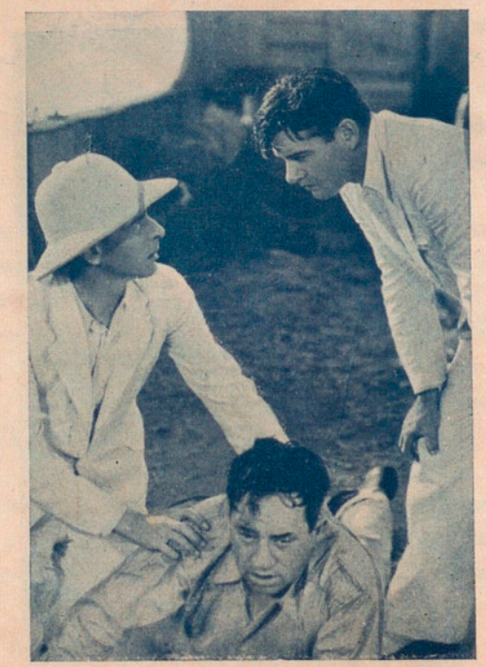
De un puñetazo lo hizo rodar por tierra.

■■

– No se exalte.



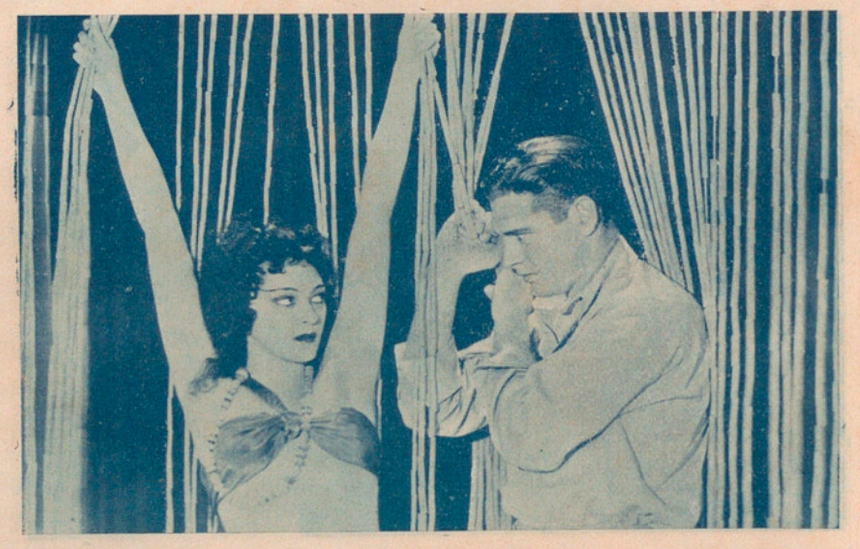
El doctor advirtió la extrañeza.



– Vámonos de aquí.

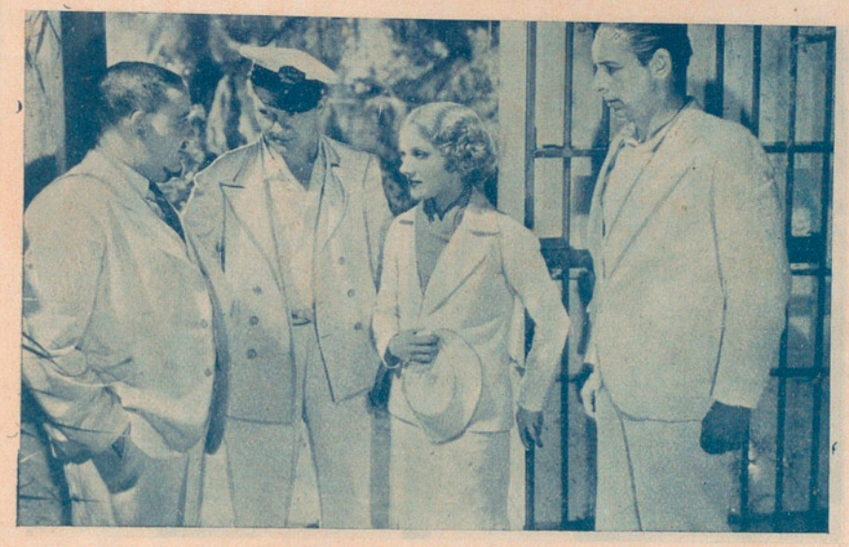
– La única mujer de la isla.

– Ha sido Gola que ha entrado.



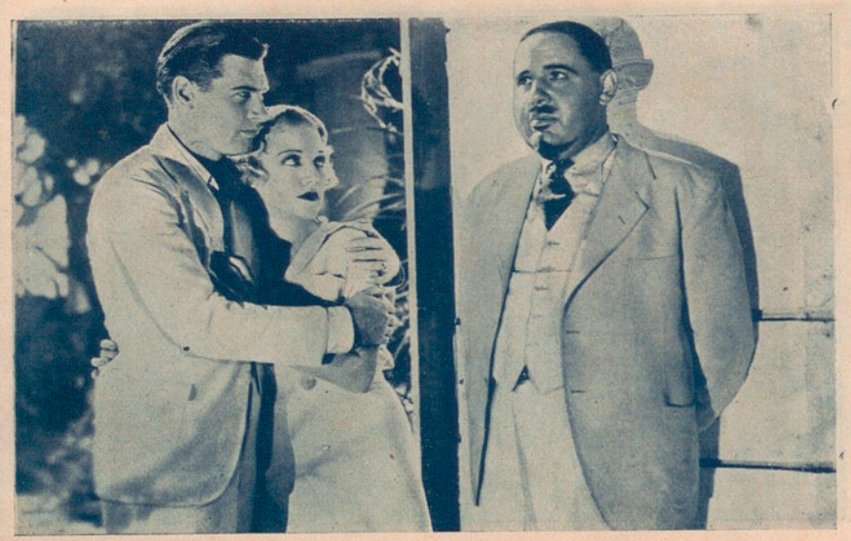
–¿Qué sabías tu del mundo.

–¿De que isla eres?



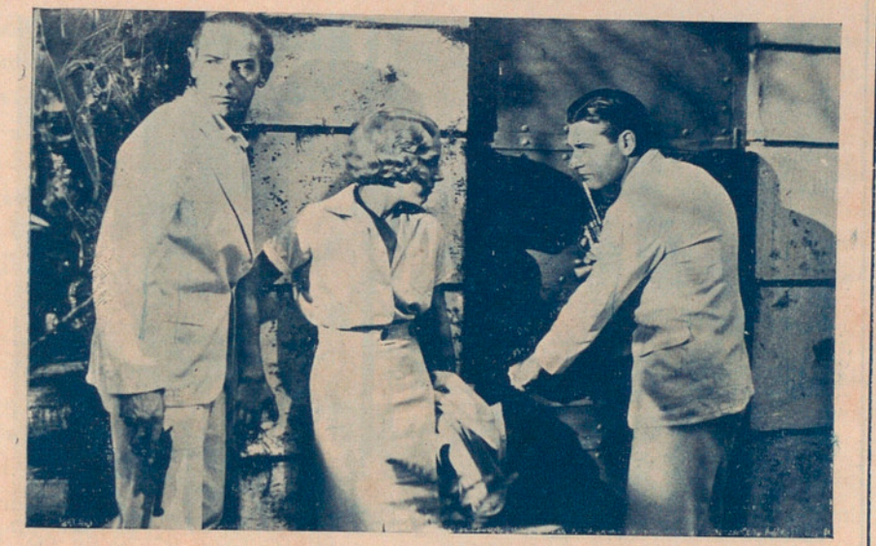
– Soy el doctor Moreau y les ofrezco mi casa.

Eduardo se quedó horrorizado.



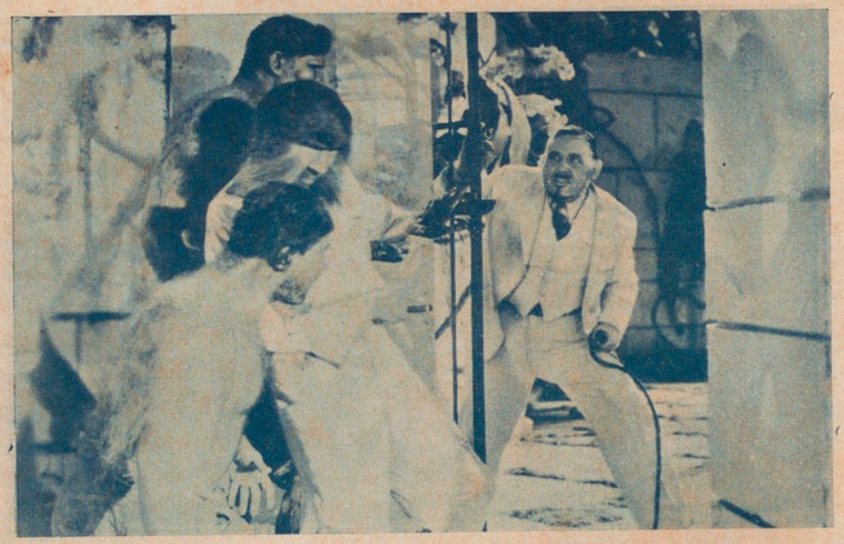
—Oí un grito y disparos.

Se volvió para ver quien era.



– Es preciso huir.

– ¿Qué le dijiste?



—¡Atrás, imbéciles!

—Allá va M'ling el perro fiel.

Lota reclinó su cuerpo sobre el de Eduardo y con una felinidad amorosa le preguntó otra vez:

—¿Volver al mar?

—Sí, mañana—respondió Eduardo, pensando en la promesa que le había hecho Moreau.

Ella se abrazó a él, frotó su cuerpo lascivamente contra el del muchacho y exclamó con tristeza:

—No quiero irte.

—Agradecido—respondió Eduardo, que se extrañaba de aquella rara actitud de la muchacha, que desde el primer momento parecía entregarse a él con un deseo incontenible.

Su oferta no era impúdica, era la de un ser que siente la atracción del sexo y lo busca inconscientemente. Se extasiaba en la contemplación de Eduardo y no cesaba de enroscarse materialmente en su cuerpo como si fuera una serpiente o un animal que hubiese encontrado su macho.

El doctor, desde la puerta de rejas, miraba ocultamente lo que pasaba en el interior y sonreía satisfecho de la escena que presenciaba, pero procurando no ser visto por ninguno de los dos protagonistas.

—¿Tú volver aquí otra vez?—preguntó Lota, acariciando a Eduardo.

—No puedo asegurártelo—le dijo éste—, pero quién sabe si algún día tendré ocasión de volver de nuevo a esta isla.

Montgomery llegó precipitadamente adonde estaba el doctor y lo llamó diciéndole:

—Moreau, venga en seguida.

Se sintieron unos gritos atronadores, gritos de dolor y de angustia que atronaban toda la casa y Parker se levantó sobresaltado exclamando:

—¿Qué es eso?... ¿Qué ocurre?

—No es nada—respondió tranquilamente la muchacha—. Es la casa del dolor... No es nada...

Aquellos gritos continuaron con más fuerza todavía y Eduardo exclamó:

—¿Dices que no es nada y parece que están torturando a alguien?

Corrió a la puerta y casualmente la encontró abierta. Dejándose guiar por los gritos de angustia que oía, llegó hasta el laboratorio donde el doctor Moreau y su ayudante trabajaban en un individuo que había sobre la mesa de operaciones. Eduardo miró hacia allí e inmediatamente apartó los ojos horrorizado, exclamando:

—¿Qué hacen ustedes?

El doctor se volvió violentamente a Lota y le dijo:

—¡Fuera de aquí!... ¡Vete de aquí en seguida!

La muchacha salió del laboratorio y quedó en la puerta, esperando sin duda a que Eduardo volviera a salir.

Este, en el colmo de la indignación, se encaró con el doctor diciéndole:

—¡Están ustedes disecando a un ser humano y vivo!

El doctor lo miró, sin responderle siquiera y volvió nuevamente a su operación, mientras que Parker les decía:

—¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Este infeliz es una de sus víctimas!

Y en vista de que ninguno de los dos hombres le prestaba atención, salió horrorizado del laboratorio. En la puerta se encontró a Lota, que se acercó temerosa a él. La cogió de una mano y pensando en el peligro que corría la muchacha en poder de aquellos hombres, le dijo:

—No podemos seguir aquí... Vámonos en seguida.

Echaron a correr hacia el jardín, pero antes de llegar a la puerta vieron que la guardaba Gola, y Lota sujetó a Eduardo diciéndole:

—No salir allí... Gola es malo.

—¿Por dónde?—preguntó angustiosamente Eduardo.

—¡Otra puerta!

Y tirando de él lo llevó a la parte opuesta del jardín, donde vieron una pequeña puerta que casi dejaba sitio a salir por ella a una persona.

Consiguieron abrirla fácilmente y, mientras corrían a campo traviesa, Parker le dijo a la muchacha:

—Hay que ir al mar.

—¿Mar?—preguntó la muchacha.

—Sí, tomaremos la goleta de Moreau y nos iremos de aquí. Esta isla debe estar maldita, como esos hombres.

Siguieron corriendo por la selva, siguiendo Eduardo los pasos de ella, sin que ninguno de los dos se diera cuenta que tras ellos iba Gola, acechándolos. Al cabo de media hora de correr se encontraron sobre una especie de pequeña llanura en la que había varias fogatas encendidas. Alrededor de aquellos fuegos, un número crecido de seres se hallaba saltando y cantando, hasta que vieron a los fugitivos.

Cada uno de estos nuevos personajes que se presentaban a la vista de Parker era un tipo completamente distinto. Los unos tenían el rostro cubierto por enmarañadas melenas; otros, con la cabeza rapada y unas orejas diminutas, tenían el aspecto de monos que por obra de magia hubieran adoptado una figura casi humana; los había también de tipo semejante a Logampero, de inferior estatura; había muchos que se parecían a Mling. En fin, era una amalgama de seres extraños que nadie habría podido identificar a qué raza pertenecían.

Ante aquella tétrica visión, Parker se paró sobrecogido, sin que Lota

demostrara ninguna extrañeza. Se advertía que la joven estaba acostumbrada a verlos y por lo mismo no experimentó ningún temor al ver que se acercaban donde estaba Parker gritando ensordecedoramente:

—¡Hombre de mar!... ¡Hombre de mar!

—¡Es como él!—gritó otro, cuyo rostro ofrecía un aspecto espantoso, por el pelo que lo cubría y por su voz, que, más que otra cosa, parecía un rugido feroz.

Y cuando más cerca estaban ya de Parker, sonó un golpe de gongo y todo el valle quedó sumido en silencio como si hubieran enmudecido repentinamente.

Eduardo se volvió para ver quién podía haber dado aquella señal y se encontró con el doctor, que, sin decirle nada, se dirigió a los que se acercaban y les gritó enérgicamente:

—¿Qué es la ley?

—No andar a cuatro patas—gritó el que últimamente había hablado, mientras los otros permanecían humillados ante el doctor.

—¿Qué es la ley?—volvió a preguntar el doctor.

—No comer carne. Esta es la ley—repitió otro de los seres que vivían en el valle—. ¿Acaso no somos hombres?

El doctor hizo sonar nuevamente el gongo y volvió a preguntar:

—¿Qué es la ley?

—No derramar sangre—contestó el melenudo personaje.

—¿Quién os lo dijo?... ¿Quién os enseñó la ley?—insistió en su pregunta el doctor.

—El nos la enseñó—respondió otro de los que en principio intentaban acercarse a Parker—. Suya es la mano que crea... Suya es la mano que cura... ¡Suya es la casa del dolor!

El doctor hizo sonar por dos veces el gongo y todos aquellos seres volvieron a internarse en el valle.

Parker, indignado ante la imposibilidad de huir, se encaró contra el doctor y le dijo:

—Ahora comprendo la fama de su isla. Es usted una especie de monstruo para esos desgraciados.

—No esperaba que saliese usted de casa—le dijo el doctor, sin responder al insulto de Parker—. ¿Por qué ha huído?

—Porque le vi disecar a un hombre.

—Amigo mío—respondió el doctor—, está usted muy equivocado.

—¿Cree usted poder engañarme a mí también?—preguntó irónicamente Parker—. Me tiene en su poder, pero que le conste que sé lo que me espera. Jamás le he temido a la muerte, pero no puedo presenciar sus crímenes.

El doctor, por toda respuesta, se quitó el revólver que llevaba en el cinto y se lo entregó a Parker, diciéndole:

—Tómelo. Ahora soy yo el que está indefenso y usted armado. Esto le demostrará mejor que mis palabras de que no pienso hacerle daño alguno. Vámonos de aquí, no es prudente que permanezcamos más tiempo.

La actitud de Moreau desconcertó a Eduardo. ¿Qué sería lo que se proponía aquel hombre?... Si pretendía acabar con él como con otras víctimas suyas, ¿para qué le daba un arma, con la que podría hacerse fuerte? Era tan incomprensible cuanto le estaba ocurriendo, que Parker creía volverse loco si continuaba mucho tiempo en aquella isla.

LOS EXPERIMENTOS DEL DOCTOR

Mientras se dirigían hacia la casa, pensó que afortunadamente dentro de unas horas abandonaría aquel lugar y volvería otra vez al mundo civilizado. Esto le hizo pensar en la conveniencia de no irritar a Moreau y le siguió sumiso, lo mismo que Lota.

Cuando llegaron a la puerta, el doctor le cedió el paso y le dijo:

—¿Quiere usted entrar en la casa?

Eduardo y Lota pasaron antes que Moreau y éste, después de cerrar la puerta, ordenó a la joven:

—¡Vete a tu cuarto!

La muchacha, sin la menor protesta se deslizó por un pasillo y se fué directamente al cuarto de donde la había sacado el doctor.

Cuando se quedaron solos, el doctor le dijo al joven:

—Voy a darle a usted una pequeña explicación de muchas cosas que usted habrá creído sobrenaturales...

Guardó un segundo de silencio y empezó su explicación diciéndole:

—Soy un gran aficionado a los injertos. Comencé mis experimentos en Londres con plantas. Con una orquídea realicé un milagro.

Señaló para una planta que había en el jardín y siguió diciéndole:

—Realicé la evolución de la flor y logré lo que puede ser una orquídea dentro de mil años. Esta es una.

Parker quedó absorto en la contemplación de aquella flor y sin poder disimular su extrañeza preguntó:

—Pero, ¿cómo pudo usted conseguirlo?

—Con un ligero cambio en el plasma de la flor.

Fué indicando otras flores y plantas que había en el jardín y siguió diciéndole:

—Todas estas flores y todas estas plantas han sentido también mi influencia en su vida. Proseguí con mis experimentos dejando correr mi fantasía hasta que me hice la siguiente pregunta: ¿Por qué no hacer los mismos experimentos con un órgano más complejo?... El hombre es el resultado de una larga revolución orgánica... Toda vida animal tiende hacia la forma humana... ¿Va usted comprendiendo?... En Londres empecé con esta fase de mis estudios... Un día, un perro escapó de mi laboratorio y salió chillando... Intensifiqué estos experimentos y el mundo científico se puso en contra mía. Los periódicos me trataron despiadadamente y hasta llegaron a pedir mi cabeza. Fuí perseguido y tuve que huir de Londres, llevándome conmigo a Montgomery.

Hizo una pausa como para coordinar sus memorias y luego continuó:

—De esto hace ya once años... ¡Once años de trabajos continuos y sin desfallecer un solo instante. Mi idea no se alejaba de mi mente, tenía el deseo de hacer algo con lo que asombraría al mundo y me introduje en la cirugía. Con cirugía plástica, transfusiones de sangre, extractos glandulares y con mis descubrimientos entre los organismos celulares llegué hasta límites que parecían imposibles.

El doctor Moreau, a medida que hablaba, iba exaltándose, creciéndose, como si fuese un ser extraordinario, y continuó su explicación en un tono de supremacía que parecía creerse un superhombre.

—¡Mi trabajo!... ¡Mis descubrimientos!... ¡Míos sólo!... Con ellos he eliminado cientos de miles de años de evolución. De los animales inferiores, vea lo que he creado.

Señaló para Miling, que cruzaba en aquel instante ante ellos y Parker no pudo menos que exclamar horrorizado:

—¡Eso!... ¿Eso ha creado usted?

—Sí—respondió con orgullo Moreau—. Usted está creído que es un ser humano y ¿sabe qué era cuando comencé con él?... Un animal.

—¿Un animal?—preguntó en el colmo del horror Parker.

—Sí, un animal como aquellos de las jaulas.

—¿Luego esos entes del bosque?...

—Todos ellos son creaciones mías —respondió con orgullo Moreau.

—¿Hechos de animales?—preguntó Parker, que sentía cada vez mayor repugnancia hacia aquel hombre, que en su locura creadora se sentía un nuevo dios—. ¿Entonces ese infeliz torturado era...?

—Un animal...—le atajó el doctor. —Un animal que dentro de poco se convertirá en un ser de forma humana.

Parker no pudo contenerse y exclamó indignado:

—¡Qué vileza!

Moreau sonrió ante el insulto y respondió despectivamente:

—Deje para mí esos horrores. Usted no tiene ninguna intervención en ellos.

—Pero esos seres infelices del bosque, esos animales o como usted quiera llamarles, hablan.

—Claro que sí—respondió el doctor—, precisamente ésta fué mi primera victoria. Conseguir el lenguaje articulado por el cerebro era donde más temía fracasar. ¡Ha sido un triunfo asombroso!

Siguió andando, dirigiéndose hacia la habitación del joven y mientras tanto continuó diciéndole, como quien habla consigo mismo:

—Un día crearé una mujer y será más fácil mi trabajo. Con ella conseguiré la creación de seres más perfectos. Cada experimento es un paso más hacia la perfección deseada.

Parker no se atrevía ni a hablar. Su emoción rebasaba todos los límites de lo imaginable. Aquello que se ofrecía ante sus ojos como cosa real y tangible era algo que parecía tan sobrehumano, que ni aun en sueño podía concebirse.

Moreau, dándose cuenta de la espectación de Parker, se irguió orgullosamente y exclamó, como desafiando a todo lo divino y humano:

—¿Sabe usted lo que significa sentirse como Dios?

Mas de pronto, aquel fuego que ponía en sus palabras desapareció y acabó diciéndole:

—Creo que hablo demasiado... Buenas noches. Que descanse bien.

—Muchas gracias—respondió Parker, deseando verse libre cuanto antes de la presencia de aquel ser repulsivo, que causaba en su temperamento una excitación de nervios que a duras penas podía contener.

De buena gana, en aquellos momentos en que el doctor se creía un superior a todos los demás seres, le habría estrangulado entre sus manos, pero el propio egoísmo de verse libre de él al día siguiente, de necesitar de la ayuda de Moreau para salir de la isla, lo contuvo en varias ocasiones y consiguió al fin que aquella entrevista terminase de la forma que había acabado.

Lo que no comprendía Parker era el porqué Moreau tenía a Lota en

aquella isla. ¿Qué intenciones tenía acerca de ella? Recordó sus palabras de que algún día crearía una mujer de la que nacieran seres más perfectos y un escalofrío de terror recorrió todo su cuerpo. ¿Sería capaz de entregar aquella joven a alguno de aquellos seres creados por él para la procreación de otros nuevos? Sintió una conmiseración grande por Lota, comprendió que el peligro que la amenaza era mayor aún al de la misma muerte y con gusto se la hubiera llevado de la isla para librarla del dominio del doctor.

Moreau, cuando dejó a Eduardo, se fué en busca de Montgomery y le dijo alegremente:

—¿Ha visto?... Tierna como una mujer... ¡Hay que ver cómo una escena insignificante alienta la imaginación científica! ¿Cuánto quedará aún en ella de su origen animal?

A medida que hablaba, Moreau se frotaba las manos de satisfacción y finalmente exclamó:

—¡Cuán cerca se halla de la mujer perfecta! Quizás logre conseguirlo con la ayuda de Mr. Parker.

Montgomery presintió algo tremendo que se forjaba en la mente del doctor y para evitarlo se apresuró a decirle:

—Si mañana sale para Apia no habrá tiempo.

—Es verdad—repuso pensativo Moreau—. Si mañana se va sería una gran pérdida para la ciencia...

No dijo más, pero una idea se había aferrado en él y sin querer dársela a conocer a Montgomery se despidió de él diciéndole:

—Prepárese para mañana... Tiene que hacer un viaje difícil.

SECUESTRADO EN LA ISLA

Al día siguiente, muy de mañana, Parker estaba ya preparado para emprender la marcha hacia el embarcadero. Le parecía que no iba a salir nunca de aquella isla maldita, donde la obra del Creador se difamaba tan ignominiosamente.

En la planta baja encontró al doctor y a Montgomery dispuestos también para emprender la marcha. Parker, al darse cuenta de que Moreau cumplía su palabra de transportarlo, no pudo menos que agradecerle todo lo que había hecho por él y le dijo:

—Doctor, le doy a usted las gracias por todas las molestias que le he ocasionado...

—No tiene nada de particular—respondió amablemente el doctor.

Parker fué a despedirse de él, pero Moreau le dijo:

—No, ya nos despediremos en el embarcadero. Quiero acompañarles.

Momentos después salieron seguidos de Gola y del criado de Montgomery hacia el embarcadero. Parker no podía ocultar la alegría que sentía en aquellos instantes y aceleraba el paso como si temiese perder la ocasión de embarcar.

Durante todo el trayecto, Moreau apenas si pronunció palabra, muy en contra de su costumbre, aunque este detalle pasó desapercibido para Eduardo, que en su alegría no se fijaba en nada.

Por fin llegaron al embarcadero y el cuadro que se ofreció a la vista de Eduardo no pudo ser más deso-

lador. La goleta en la que había de realizar el viaje, aparecía destruída y hundida hasta la mitad en el agua. Fué tal la desesperación del joven que miró al doctor y a Montgomery, como inquiriendo con la mirada una explicación de lo que había pasado.

Moreau, con la vista fija en la goleta, comentó tristemente:

—¡Es lamentable esto!...

Montgomery lo miró fijamente y adivinó enseguida de que el causante de aquello había sido el propio doctor. No le cupo duda de que durante la noche había aprovechado para hundir la goleta con el fin de hacer imposible la huida de Eduardo. Moreau seguía mirando a la goleta y como si hablara consigo mismo volvió a decir:

—Anoche los indígenas andaban algo excitados. No sería extraño que en un arranque de arrebato hayan roto la embarcación.

—¿Y qué podemos hacer ahora? —preguntó desesperado Eduardo.

—Habrá que esperar otra ocasión —respondió el doctor—. Dentro de un mes ya tendremos la goleta dispuesta nuevamente para emprender el viaje... Todo depende de un poco de paciencia.

—¡Imposible!—exclamó Parker—. Yo necesito estar en Apia dentro de unos días.

Moreau, molesto por aquella insistencia del joven, le respondió secamente:

—Pues busque la manera de poder hacer la travesía... Con esta goleta no cuente hasta dentro de un mes por lo menos.

Pausadamente, como quien lleva un gran peso encima, volvieron nuevamente hacia la casa, sintiendo Parker la pena de no poder huir de allí y Montgomery la indignación que interiormente le producía la nueva locura del doctor.

Estaba seguro de que todo aquello se debía a su deseo de poder comprobar hasta qué punto los sentimientos de Lota se aproximaban a los de una mujer cualquiera, y lo que más temía Montgomery era que Parker pudiera sucumbir a los deseos de la joven y cometer la monstruosidad que Moreau ansiaba.

Desde hacía tiempo, Montgomery sentía cierta repugnancia hacia aquel hombre, que en un principio había causado su admiración. Los trabajos científicos de Moreau habíanle impresionado en un principio considerando al doctor como un ser extraordinario, pero a medida que iba conociendo los instintos perversos de aquel hombre que no se detenía ante ninguna monstruosidad por grande que fuese, con tal de poder realizar un experimento, aquella adversión fué en aumento y había llegado ya a

convertirse en una repugnancia que le hacía odioso el trato con él.

Eduardo, sin querer ocultar su pesar, al llegar a la casa se encerró en su habitación y no quiso salir de ella ni aun para comer. Pensaba en Ruth y en el desencanto que tendría cuando viese llegar el barco en el que él le había anunciado su llegada y comprobase que no iba.

Pensó en el sufrimiento de la joven, que volvería a creerlo muerto y esto excitaba sus nervios hasta el punto de que de buena gana se habría peleado con el doctor.

No vió en los días sucesivos ni al doctor ni a Lota, ni tampoco puso empeño en saber nada de ellos. Al único que vió fué a Montgomery, quien compadecido por la situación del joven le dijo:

—Mala suerte ha tenido usted.

Eduardo le miró, como acusándole a él, y Montgomery le dijo, adivinando su pensamiento:

—Sé lo que en este instante piensa usted de mí. A sus ojos debo aparecer como un ser semejante al doctor.

—No tengo ningún empeño en establecer una comparación entre él y usted. Creo que son ustedes dos seres completamente idénticos—respondió Eduardo.

—A veces—se apresuró a decir Montgomery—las apariencias suelen engañar. Pero no es ésta la ocasión de confesarle la verdad. Tal vez llegue un momento que pueda usted saber la verdad.

Parker no quiso insistir más en aquella conversación y dejó que Montgomery siguiera hablando del doctor sin prestarle gran atención.

Durante aquellos días, su preocupación más grande era Ruth, pensaba en la joven y su desesperación por verse en aquel estado de impotencia para poder siquiera comunicarse con ella era enorme. Y la verdad que no le faltaba razón.

Conocida por Ruth la fecha exacta de la llegada de «El Covena» a Apia, su impaciencia aumentaba a medida que iba acercándose el momento de poder estrechar en sus brazos a su prometido. El dolor que había experimentado en un principio cuando supo la noticia del naufragio y la alegría que sintió después cuando recibió el radiograma, no son para descritas.

Llegó por fin el día en que «El Covena» tenía señalada su llegada al puerto de Apia y desde mucho antes de la hora señalada, ya se hallaba la joven en el puerto esperando la llegada del barco.

Habían pasado cerca de dos horas cuando arribó «El Covena» y Ruth vió salir de él toda la tripulación sin que Eduardo apareciese por ningu-

na parte. En vista de esto se acercó a uno de los marinos y le preguntó:

—¿Iba a bordo un tal Parker?

—Yo qué sé—exclamó el marino. —Pregúnteselo al capitán.

Ruth fué en busca del capitán, que en aquel momento apareció en la escala y le preguntó:

—¿Llevaba usted un tal Parker a bordo?

El capitán se la quedó mirando y exclamó alegremente sonriéndole:

—No, pero si le da lo mismo aquí estoy yo.

—Contésteme a lo que le pregunto—volvió a insistir Ruth—. En su barco viajaba un tal Parker.

—Viajaba, pero ya no viaja... Lo he alijado en alta mar.

—Pues de él me responde usted—exclamó Ruth.

—Que le responda Moreau—terminó diciéndole el capitán continuando su camino sin hacerle caso.

Ruth, en vista de la actitud que adoptaba aquel hombre, pensó que algo grave le había ocurrido y de que el capitán no quería darle explicaciones para no comprometerse e inmediatamente se fué a ver al cónsul americano para darle cuenta de lo que le ocurría.

El cónsul, en cuanto recibió la denuncia, hizo venir al capitán de «El Covenia» y le preguntó:

—Usted llevaba a bordo un hombre que no aparece, ¿qué ha sido de él?

—No había en la tripulación más hombres que los que han desembarcado—respondió el capitán.

—¿Y el náufrago que recogieron de «Lady Vayn»?—preguntó el cónsul—. El mismo expidió un radio desde su barco diciendo que estaba a su bordo.

El capitán se vió cogido cuando vió el despacho enviado por su barco y sin poder ocultar ya, respondió:

—Es cierto, pero lo desembarqué en el primer puerto.

—¿En qué puerto?—volvió a preguntar el cónsul.

—No era un puerto, era una isla.

—¿Y qué isla era ésa?... ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. Lo único que sé de ella es su situación, porque me la dió el que me había fletado... Está quince grados latitud sur y ciento setenta longitud oeste.

El cónsul empezó a mirar en una carta geográfica que tenía sobre la mesa y el capitán le dijo:

—Es inútil que busque porque no la encontrará... Es una isla que no está señalada en las cartas marinas.

—¿Y qué fué usted a hacer en aquella isla deshabitada?—le preguntó el cónsul extrañado.

—Pues... pues dejé alguna carga que traía.

El cónsul se le quedó mirando y convencido de que el capitán le ocultaba algo le dijo:

—Está bien, márchese, pero no podrá partir del puerto hasta que se aclare este asunto. En el caso de que descubra alguna irregularidad, le retiraré la licencia para que no pueda usted mandar ningún otro barco... De esta forma aprenderá usted a respetar la ley marítima.

—Es que yo no sabía—empezó a decir el capitán, buscando una disculpa.

—Pues si no lo sabía, haberlo aprendido. Antes de hacerse a la mar hay que saber las obligaciones que se contrae.

El capitán salió del consulado, seguro de que se había metido en un lío mucho más grande del que él hubiera podido imaginarse, al mismo tiempo que el cónsul procuraba tranquilizar a Ruth diciéndole:

—Pierda cuidado que lo encontraremos. Ese hombre ha dicho la verdad respecto a la situación de la isla, buscaremos un marino que se decida a ir a la isla y sabremos qué es lo que ha ocurrido para que su prometido se quede en ella.

Y tal como se lo prometió lo hizo. Al día siguiente, ya tenía buscado el marino que se comprometía a ir a la isla y le refirió cuanto sabía sobre la situación de ésta y el motivo de aquel viaje.

Una vez que el capitán quedó conforme en todo, le preguntó:

—¿Cuándo podrá salir?

—Hoy mismo—respondió el capitán—. En cuanto despache la documentación podemos hacernos a la mar.

—Yo iré con usted—exclamó Ruth que asistía a la entrevista.

El cónsul se la quedó mirando, extrañado de aquella decisión de la joven y para impedir que fuese le dijo:

—Le advierto que el buque que lleva el capitán es seguro, pero no cómodo.

—No me importa—respondió Ruth —quiero salvarle sea como sea y no voy a detenerme en pensar si es más o menos cómodo el buque.

—Además—volvió a decirle el cónsul—, no creo que sea muy prudente que una señorita se comprometa en esta expedición. Piense que es una isla de la que nadie sabe nada y que tal vez esté habitada por salvajes.

—Aun así estoy decidida a ir. Creo que es mi deber auxiliarlo y lo haré, aun cuando me costase la vida.

Ante la firme decisión de la muchacha, el cónsul no se atrevió a insistir más y terminó accediendo a los deseos de la joven, que acompañada del capitán abandonó el con-

sulado dispuesta a marchar con él antes que permanecer sumida en el dolor y la incertidumbre hasta que volviese el barco de la isla.

El capitán sintió por ella una inmensa alegría, la cual no pudo menos que expresarla diciéndole:

—Con una mujer como usted soy yo capaz de ir al fin del mundo.

Y despidiéndose del cónsul, partieron para hacer los preparativos, con el fin de emprender la marcha lo antes posible.

ENTRE SERES EXTRAHUMANOS

La vida para Eduardo fué en aquella isla desde los días siguientes, una existencia monótona y triste. Su única distracción era de pasear por el exótico jardín de la casa y aprovecharse de la populosa biblioteca que poseía el doctor para distraerse leyendo.

Al cabo de tres o cuatro días volvió a ver a Lota y la encontró tan sumisa como el primer día que la conoció. Le habló del fracaso de su viaje que había sido igual que el de su huida, y la muchacha apenas si pareció acordarse de nada.

Eduardo no le dió importancia a este detalle y siguió tratándola con el cariño propio de un buen amigo, sin que jamás pasase por su mente el menor deseo de posesión de aquella mujer, que en cada una de sus entrevistas se le ofrecía sin reserva alguna.

En aquellos instantes, Eduardo no sabía qué opinión tomar de ella, no sabía si juzgarla como una mujer caprichosa y coqueta, o como un ser inconsciente que dentro de la inocencia en que había vivido no sabía lo que era el amor ni el deseo.

Muchas veces el muchacho tuvo que hacer esfuerzos sobre sí mismo, al sentir palpitar junto al suyo el pecho de la muchacha. Esta, en cuantas ocasiones podía, se abrazaba a él y lo besaba con un ardor propio de una mujer alocada por una pasión.

Necesitaba toda su serenidad, todo el amor que sentía por Ruth pa-

ra no caer en la tentación y librarse del hechizo de aquella mirada de Lota que parecía poseer un fuego interior mucho más fuerte que el de cualquier otra mujer por vehemente que fuese.

Una mañana estaba sentado en el jardín leyendo distraídamente cuando apareció Lota. Al verlo corrió hacia él, pero tan quedamente, tan en silencio que sus pasos apenas si eran perceptibles. Cuando llegó adonde estaba Eduardo dió un salto y se colocó a sus pies. Eduardo no pudo menos que levantarse sorprendido por la inesperada llegada de Lota y exclamó sonriendo:

—Lota, me has asustado.

Ella sonrió y lo envolvió con una de aquellas miradas de fuego que hacían estremecer a Parker, que volvió a decir como si hablase consigo mismo, mientras acariciaba la cabellera de la joven:

—Extraña criatura... ¡Qué sabrás tú del mundo y de todo lo que encierra!

Eduardo siguió haciendo otros comentarios sobre la personalidad de Lota, mientras que ella seguía oyéndole como embelesada por el timbre de su voz. Cuando terminó Parker, la muchacha suspiró lánguidamente y le suplicó:

—Háblame más... Háblame.

—¿Y qué quieres que te diga?—preguntó Parker, sin saber qué conversación empezar.

—Lo que tú quieras—dijo ella—, pero háblame... Quiero oírte.

Parker sonrió ante la petición de Lota y tomando el libro que estaba leyendo se lo enseñó diciéndole:

—¿Sabes qué es esto, Lota?

La joven movió negativamente la cabeza y Eduardo le dijo:

—Esto es un libro.

—Un libro—repitió Lota quedamente, como si fuese un secreto lo que le revelaba Eduardo.

—Sí, un libro—volvió a decirle Parker—. Un libro del doctor Moreau sobre electricidad, telegrafía y radio para la transmisión por onda corta.

Lota, que no podía comprender ninguna de aquellas palabras, seguía mirándole con igual fijeza, y Parker, adivinando la ignorancia de la muchacha, le dijo:

—Tú no sabes de qué te hablo, ¿verdad?

Ella por toda respuesta volvió a pedirle:

—Háblame más.

Parker pensó un instante qué le diría a aquella criatura cuya alma infantil parecía imposible que poseyese aquella ingenuidad de que daba muestras y le dijo:

—Te diré una cosa que entenderás, Lota. Tengo que marcharme de esta isla, tengo que irme de aquí.

Lota se acercó a él mimosa y sobresaltada y le preguntó, reclinando su cuerpo medio desnudo sobre el de Eduardo:

—¿Libro llevarte lejos?

—No sé—contestó Parker—. Quizás sea el libro, pero lo cierto es que yo tengo que irme de aquí... No creas que el libro no sea una de esas causas...

La muchacha, ágil como una ardilla, se apoderó del libro y antes de que pudiera impedirlo Parker, lo arrojó a la piscina.

—¿Por qué has hecho eso?—le preguntó sorprendido Eduardo.

—Libro llevarte—le respondió la joven dándole a entender la pasión que sentía por él.

La nobleza de Eduardo le hizo comprender que estaba jugando con aquella mujer sin razón alguna. No le cabía duda de que en el corazón de Lota se había despertado un gran amor por él y Parker quería a toda costa desvanecerlo. Por lo mismo le dijo:

—Lota, yo amo a otra persona... Ya sé que debí decírtelo antes, pero hasta ahora no me había dado cuenta de esto... ¿Tú sabes lo que es amor?

—¿Amor?—preguntó Lota, cada vez más insinuante—. ¿Amor?

Sus brazos se habían enlazado al cuello del joven, su cuerpo se adhería materialmente al de él y sus ojos lo miraban fascinadoramente, ejerciendo sobre el ánimo de Eduardo un dominio del que luchaba por defenderse.

Sentía el calor del cuerpo de la joven, tan lleno de vida y de amor, tenía tan cerca de los suyos los labios de Lota, tan incitantes al beso, tan prometedores de dicha, que venció en aquel instante su instinto de hombre y sin poderse contener la estrechó a su vez en sus brazos y la besó con pasión infinita. Fué un beso que parecía tener toda la posesión mutua, un beso en el que vibró el cuerpo de ambos como electrificados por una corriente y que duró varios segundos. Era aquélla una dicha desconocida para Lota y para Eduardo incluso. No tenía aquel beso nada de amor en él y sí solamente un deseo carnal. Mas pronto pudo ser dueño de sí mismo y suavemente, con amoroso cuidado hizo que la joven le dejase, quitándole las manos del cuello y reteniéndolas entre las suyas.

Pero al tener las manos de la joven en las suyas, le pareció advertir algo extraño y las miró.

Quedó horrorizado ante aquella visión. Las manos de Lota no eran las de un ser humano; sus manos eran

puntiagudas y sus uñas tenían la forma de garras. Eran las manos de un animal, que tanto podía ser una pantera como un tigre. Una ola de indignación subió a su cerebro y tuvo asco de sí mismo. Había besado y sentido pasión por un animal. Lota no era una mujer natural, sino un ser sin alma, producto de los diabólicos procedimientos del doctor Moreau.

Pero más que su indignación pudo el sentimiento de conmiseración hacia aquel ser a quien el doctor le había dado sentimientos humanos y no había conseguido perfeccionar su forma total. Aquello era verdaderamente inicuo, de una crueldad solamente concebible en un hombre como el doctor.

Durante un rato se quedó mirando las manos de Lota y al fin expresó su indignación diciéndole:

—Tú no tienes la culpa. pero ese doctor no merece vivir.

Corrió despavorido en busca de Moreau y cuando lo encontró le dijo amenazador:

—¡Aquellos seres del bosque son horribles, pero crear a Lota ha sido trágico!

—¿Por qué?—preguntó Moreau con su habitual sonrisa.

—Porque Lota es un animal con emociones de mujer... Esto es criminal...

Moreau, sin abandonar aquella risita que le hacía aparecer aún más cínico, le respondió:

—Usted no entiende de ciencia. Si usted comprendiese lo que es la ciencia no hablaría de esa forma.

—No necesito conocer ninguna ciencia para saber que esto es una infamia, el crimen más cruel que se ha cometido en el mundo, pero usted sufrirá su castigo. Después de lo que ha hecho con ella, no puede tenerle ninguna consideración. Voy a descubrirlo al mundo, Moreau.

Este, sin perder su calma, sin abandonar aquella amabilidad con la que quería ocultar toda la crueldad de sus sentimientos, le preguntó irónicamente, pensando que el joven no podía abandonar la isla hasta tanto que él quisiese:

—¿Cuándo se marcha?

Eduardo quedó parado, dándose cuenta de la situación en que se encontraba. Comprendió que no podía salir de allí hasta que aquel hombre quisiese y lo miró con todo el odio que puede sentir un corazón contra su mayor enemigo.

Moreau, sin querer tener en cuenta la indignación del joven, con una tranquilidad y serenidad extraordinarias, le dijo:

—Siéntese y póngase cómodo; lo que voy a decirle es muy interesante.

Parker, sin atender a la invitación que le hizo, quedó frente a él escuchándole mientras que el doctor le decía:

—Lota es la creación mía más perfecta... Pensaba llevármela a Londres en jira triunfal, pero antes deseaba comprobar hasta qué grado es mujer. Quería saber si era capaz de amar.

—¿Y me eligió usted como medio de prueba?—preguntó nerviosamente el muchacho.

—Claro que sí, no había más remedio. A Montgomery y a mí nos temía, se presentó usted y usted la atrajo... Mejor oportunidad no la había.

Parker adelantóse amenazador hacia el doctor y le dijo enérgicamente:

—Moreau, quiero que disponga mi salida cuanto antes, si no quiere que acabe con su gran obra científica.

—Será inútil su amenaza y su actitud. Usted estará aquí todo el tiempo que la ciencia lo necesite. Luego... podrá irse cuando mejor le plazca.

Parker, en un impulso de ira, no supo contenerse y por toda contestación le dió un puñetazo que le hizo rodar por el suelo.

Montgomery, que estaba presente, intervino en favor de Moreau y Eduardo salió de la habitación para encerrarse en la suya y no volver a ver más ni a Lota ni a ninguno de los seres que allí vivían.

El doctor se levantó del suelo y seguido de Montgomery se fué en busca de Lota, a quien le dijo amenazador:

—¿Cómo fué?

Lota, por toda respuesta, se miró las manos y el doctor le preguntó de nuevo:

—¿Qué le dijiste?... ¿Qué ha hecho para que lo supiera?

La zarandeó violentamente y Montgomery trató de evitar que la muchacha sufriese el malhumor de él y le preguntó:

—Pero ¿por qué la trata así?

Moreau volvió a cogerle las manos y mostrándoselas a Montgomery le dijo rabioso:

—Es la bestia que vuelve... ¡La bestia!

Se llevaba las manos a la cabéza desesperado por la aparición de aquellos síntomas que revelaban la procedencia animal de Lota y exclamó desesperado:

—¡Es inútil! Es la bestia que aparece otra vez, que va ganando terreno día tras día...

Lota se había arrinconado temiendo la cólera del doctor y lloraba dolorosamente, logrando con ello causar una gran alegría a Moreau, que exclamó:

—¡Es el primero que llora!... De

todas mis creaciones, hasta ahora no he conseguido que ninguno llore por su propio impulso... ¡Es humana, Montgomery!... ¡Es humana!

Parecía un loco poseído por un ataque e irguiéndose desafiador exclamó otra vez:

—¡No estoy vencido!... ¡Aun queda mucho por hacer! Prepárelo todo... Quemaré todo lo que hay en ella de animal y adquirirá una forma completamente humana. Parker no se irá y el tiempo completará mi obra.

Lota comprendió que querían llevarla al laboratorio, a aquel lugar que denominaban la casa del dolor y lanzó un grito de espanto, sin que consiguiese despertar la compasión del doctor.

LA LLEGADA DE RUTH

Algunos días después de haber partido de Apia, el barco en el que viajaba Ruth divisó la isla del doctor Moreau y el capitán le dijo:

—Ya tenemos allí la isla que buscamos... No nos ha engañado con las señales que nos ha facilitado el otro capitán.

Ruth miró hacia aquel pedazo de tierra que se extendía ante sus ojos y sintió que su corazón latía violentamente por la emoción que experimentaba en aquel instante.

Unas horas después llegaban al pequeño desembarcadero construído por el propio doctor y desembarcaban el capitán y Ruth. No vieron a nadie por allí y el capitán le dijo a la muchacha:

—Por aquí no se ve a nadie... Tendremos que internarnos en la isla.

—Vamos — contestó decidida la muchacha.

Echaron a andar y de pronto advirtieron el ruido de unas matas a su paso. El capitán se volvió rápidamente, temiendo una sorpresa, y no vió a nadie.

Pensó que habría sido una alucinación suya y de nuevo reanudó la marcha. A los pocos pasos se produjo de nuevo el mismo ruido y entonces vió correr en dirección al interior de la isla unos hombres que parecían monos andando. Ruth se paró también sobrecogida por aquellos seres y el capitán le dijo:

—¿Tiene miedo?

—Yo no temo a nada—respondió la joven.

—Pues entonces, adelante—volvió a decirle el capitán.

Conforme se iban internando en la isla y a medida que se acercaban a la casa del capitán, mayor era el número de aquellos seres extraños que encontraban, hasta que finalmente el capitán, sin poderse contener, le dijo:

—No es muy agradable esta isla... Preferiría no haber venido.

—Ya no podemos retroceder—exclamó Ruth—. Tenemos que encontrarle.

—Es que me gustaría que fuese otro el que lo encontrase—le dijo el capitán bromeando para infundirle ánimos.

Y conforme ellos avanzaban hacia la residencia del doctor Moreau, Gola y Mling corrían a la casa para comunicarle a su amo la llegada de gente extraña, diciéndole:

—Gente... Viene gente.

—Uno como Lota—exclamó Gola, que era el que más se había fijado en la muchacha.

El doctor tomó todas sus precauciones para que no le cogieran desprevenido y esperó en la puerta la llegada de los expedicionarios.

Al cabo de un buen rato llegaron a la puerta y el capitán, al ver a un europeo le preguntó:

—¿Hay alguna vivienda más por aquí?

—En toda la isla no encontrará otra—respondió Moreau—. ¿Qué desean?

—Buscamos a un tal Parker.

—Pues ya le han encontrado. Está en mi casa—respondió el doctor, abriendo la puerta y diciéndoles galantemente—: ¿Por qué no pasan? Soy el doctor Moreau y les ofrezco mi casa.

—Gracias, doctor—exclamó Ruth entrando en el interior—. Mi nombre es Ruth Thomas.

Y mirando el lugar en que se hallaba, expresó la agradable impresión que le causaba, diciéndole:

—Bonita finca, doctor.

—Sirve para su objeto y nada más —replicó intencionadamente el doctor, haciendo inmediatamente la presentación de Montgomery—. Hagan el favor de pasar dentro.

Se volvió hacia Montgomery y le dijo confidencialmente:

—Quizás no necesite ya a Parker.

Ruth se volvió en aquel instante al doctor y le expresó la satisfacción por haber encontrado a su novio, diciéndole:

—Lo he hallado en un lugar mucho mejor de lo que yo me esperaba.

El mismo doctor la acompañó hasta donde estaba Parker, quien al ver a su novia corrió a abrazarla y unidos permanecieron unos minutos. Pasado aquel instante de primera emoción, Ruth le presentó a su acompañante diciéndole:

—Es el capitán Donalme... Muy amable en acompañarme en esta expedición que nosotros creíamos peligrosa.

Parker sintió miedo porque Ruth pudiera continuar allí y por lo mismo exclamó apresuradamente:

—Voy a preparar mis cosas y nos iremos ahora mismo.

El capitán, entretanto, interesado por saber cuál era el nombre de aquella isla, le preguntó al doctor:

—¿Qué lugar dijo que era éste?

Pero Moreau, que era un hombre demasiado astuto para caer en una trampa como la que le tendía el capitán, se apresuró a decirle:

—No lo he dicho, pero se lo diré si le interesa... Es una estación experimental bioatropológica.

Parker ya tenía todas sus cosas arregladas para emprender la marcha, cuando el doctor le dijo:

—No se precipite... Creo que comete una imprudencia marchándose.

—¿Por qué?—preguntó extrañado Parker.

—¿No comprende que tiene una milla de selva y que de noche la selva es peligrosa?

—Eso no importa—respondió el capitán—. Lo mismo da pasarla de noche que de día.

Moreau sonrió ante la respuesta del capitán y le contestó:

—Veo que no tiene miedo, pero si le hubiese pasado lo mismo que a Parker...

—¿Qué te ha pasado?—preguntó sobresaltada Ruth.

—Nada, no se asuste—respondió el doctor—. Yo no he hecho más que dar mi opinión. Ahora, si míster Parker se empeña en exponerla... allá él. Si por el contrario gusta aceptar mi hospitalidad, puede partir sin peligro mañana por la mañana.

El razonamiento del doctor convenció a la muchacha, que accedió a su deseo diciendo:

—Tiene usted razón. Tal vez sea mejor partir mañana por la mañana, puesto que aquí no corremos riesgo alguno.

—¡Admirable!—terminó diciendo el doctor.

Llamó a un criado y apareció Mling, a quien le ordenó:

—Cena para cinco, Mling.

Ruth, al ver a aquel hombre con el rostro tan parecido a un perro, quedó extrañada, y el doctor, que la miraba de soslayo, advirtió la extrañeza que su criado producía en la joven. No obstante, se abstuvo de

todo comentario y esperó el momento de la cena.

No tardó mucho en llegar ésta y el doctor dió muestras de una gran oratoria manteniendo durante todo el rato la conversación.

Ya al final de la comida, el capitán, que había advertido que en ninguno de los platos figuraba la carne, le dijo:

—Veo que es usted vegetariano, doctor.

—Yo no—respondió éste—. Lo hago por los indígenas... No han probado nunca la carne.

Hasta ellos llegó el ruido de varias voces y cantos y Ruth preguntó algo sobresaltada:

—¿Qué es eso?

—Nada de particular... Es una ceremonia indígena... Mr. Parker asistió una noche a ella... ¿verdad, míster Parker?... ¿Por qué no nos la cuenta?

Parker se acordó de la noche en que intentó huir con Lota y para evitar que su novia pudiese sentir el mismo pánico que a él le causó, le respondió:

—No es nada de particular... Ya te la contaré algún día.

—Esta noche parece que están algo intranquilos los indígenas... Ya ven como han hecho bien en seguir mi consejo y permanecer aquí hasta mañana.

Llegó por fin el momento de acostarse y se despidieron todos después de que el doctor señaló a cada uno sus respectivos dormitorios.

El capitán, Ruth y Parker se dirigieron hacia el piso superior, y la muchacha inquirió de su novio aquella ceremonia que no habían querido relatarle, y le dijo:

—¿Por qué no has querido referirme lo que viste?

—Porque ahora no debo contártelo... Espera a mañana y lo sabrás. Es algo que no debes saber mientras estés aquí en la isla.

Habían llegado al dormitorio de Ruth y su novio le dijo, abrazándola cariñosamente:

—No tengas miedo, Ruth... Nosotros estamos ahí enfrente. Si advirtieras cualquier cosa extraña, grita y vendré enseguida a auxiliarte.

Se separó de ella y ya en la puerta le dijo de nuevo:

—Cierra con llave... Es mucho mejor.

Ruth sonrió queriendo infundir a su novio ánimos y le contestó:

—No te preocupes por mí.

—Ya lo sabes—repitió de nuevo Parker—. Si me necesitas, llama.

—Está bien—terminó diciendo la joven, a la vez que cerraba la puerta con llave, tal y como le había recomendado Parker.

EL SATIRO

Tranquilamente empezó a desnudarse, sin advertir nada extraño, y cuando estuvo, se aseguró nuevamente de que la puerta estaba cerrada y se acostó. Por precaución, dejó la luz encendida para evitar cualquier sorpresa, pero las emociones de aquel día y el cansancio del viaje hicieron que quedara inmediatamente dormida.

Hacía cerca de una hora que Ruth se había acostado cuando por el jardín de la casa, el enorme Gola se paseaba nerviosamente de un lado a otro, mirando con insistencia la habitación donde dormía la joven.

Aquélla estaba situada a un lado del jardín y tenía una gran ventana resguardada por unos fuertes barrotes de hierro, de forma que parecía imposible poder entrar por allí.

Gola no cesaba de mirarla e interiormente pensaba en lo que el doctor le había dicho. Le atraía la presencia de aquella mujer que excitaba su organismo y su lujuria y su nerviosidad crecía por segundos.

Moreau desde su habitación espiaba los movimientos de Gola, hasta que, finalmente, lo vió trepar por un árbol cuyas ramas llegaban hasta la ventana del cuarto de Ruth. Una risa satánica se dibujó en sus labios y se frotó las manos al mismo tiempo que se decía a sí mismo.

—Gola completará la obra que yo he empezado. Será el ingerto mejor que puede hacerse... El animal y la

mujer darán al mundo un ser nuevo, un ser que será producto de mi ciencia, de mis experimentos.

Era inconcebible que un hombre como Moreau, un hombre cuya cultura se advertía desde el primer instante hubiera podido concebir un propósito tan monstruoso como aquel. ¿Quién hubiera creído que la imaginación o la locura de aquel hombre llegase el extremo de querer entregar a Ruth al poder de Gola, creación de Moreau y original de un gorila?

Y, sin embargo, la realidad era de una fuerza innegable, y el sacrificio llevaba camino de realizarse

Gola cautelosamente, como el que teme ser sorprendido trepó por las ramas hasta que llegó a la ventana de Ruth, cuyos hierros le impedían entrar. Confiado en su fuerza se aferró a uno de ellos y durante unos minutos forcejeó para arrancarlo. El barrote resistía sus primeros ataques, pero luego fué cediendo hasta que quedó doblado. Hizo lo mismo con otro y la abertura que quedó fué suficiente ya para permitir entrar.

Introdujo medio cuerpo dentro de la habitación y esperó unos segundos para asegurarse de que nadie le espiaba. Convencido de ello se acercó quedamente al lecho donde reposaba Ruth, en el mismo instante que ésta abría los ojos y se fijaba en él. La aparición de aquel ser horripilante le hiza estremecer de espanto y se arrojó fuera de la cama, en dirección a la puerta para abrirla y huir. Gola corrió tras ella, pero ya Ruth la había abierto y empezó a gritar demandando socorro.

A sus gritos acudió con rapidez Parker y el capitán y Gola, antes de que pudiera ser visto saltó de nuevo por la ventana sin poder ser alcanzado por los disparos que le hizo Parker.

Segundos después apareció Montgomey y Moreau, y al conocer aquél lo que había ocurrido, le dijo al doctor, sospechando quien había podido ser el que entró y rompió los hierros de la ventana.

—Ha sido Gola que ha entrado.

—Oí un grito y disparos y me he apresurado a venir para saber de qué se trata.

Montgomery, que tenía la seguridad de que Moreau había preparado todo aquello, no pudo contener la indignación que le producía el acto de aquel hombre y le preguntó intencionadamente.

—¿Nada más que eso sabe usted?

—Nada más, y en verdad que lo lamento—respondió tranquilamente el doctor.

—¿Con que lo lamenta?—preguntó Montgomery, cada vez más nervioso—. ¿Fué por esto por lo que necesitaba a Ruth en vez de Parker?

Moreau no estaba acostumbrado a que Montgomery emplease aquel tono con él y le dijo airadamente:

—¿A usted que le importa?

—Mire, Moreau—volvió a decirle Montgomery, cansado ya de los experimentos de aquel hombre cuyos límites parecía iban a ser infinitos—. Hace tiempo que le conozco... He aguantado muchas cosas, pero lo que es por ésta no paso. Sólo por la mente de un loco puede pasar semejante idea.

Moreau se le quedó mirando irónicamente y en tono burlón le preguntó:

—¿Quiere usted volver a Inglaterra... a presidio?

—Cualquier cosa prefiero a esto—le contestó Montgomery sin vacilar...

Mientras ellos hablaban los dos enamorados se habían abrazado y Ruth, poseída todavía por el terror que le había causado la presencia de Gola no cesaba de decirle a su novio:

—Era horrible, Eduardo... Jamás he sentido tanto miedo como ahora... Vámonos.

—Sí, es preciso—respondió Parker. —Aquí no estamos seguros... Dentro de pocas horas empezará a clarear el día y aprovecharemos el momento para salir de esta isla.

—No es necesario—exclamó el capitán—. Voy a buscar a mis marineros y dentro de unas horas estaré de regreso.

—Es peligroso aventurarse solo por la selva—le dijo Montgomery.

El capitán se encogió de hombros y respondió:

—En peores que en ésta me he visto y siempre he salido bien... Ya verás como vuelvo.

Salió de la casa, seguido del doctor que fué a abrirle y éste llamó a Gola, en cuanto el capitán hubo desaparecido y le dijo:

—Síguelo y estrangúlalo hasta que...

—¿Y la ley?—preguntó Gola.

—No le hace.

Gola obedeció como siempre la orden del doctor y salió en persecución del capitán, decidido a estrangularlo y confiado en sus fuerzas.

Cautelosamente fué siguiéndole los pasos hasta que consiguió alcanzarlo por una vereda y se subó a unas ramas de un árbol. Una vez allí esperó a que el capitán pasase para caer sobre él.

Minutos después el capitán, ajeno a lo que iba a ocurrirle, pasaba por debajo de la rama donde estaba encaramado Gola y éste se dejó caer encima de él cogiéndole por el cuello con sus brazos enormes.

Solamente se oyó en el silencio de la selva unos ronquidos del agonizante y poco después, Gola con el

cadáver del capitán sobre sus hombros se dirigió al valle donde estaban todos los seres creados por el doctor.

Aquellos seres al verlo llegar con un hombre muerto expresaron su asombro diciéndole:

—Gola... has matado... ¿Y la ley? No podemos derramar sangre... Has quebrantado la ley...

—¡No más ley!—exclamó Gola—. El me mandó matar... Fué el amo mismo.

Todos se acercaron adonde estaba el capitán y lo examinaron diciéndose unos a los otros:

—Hombre como él.

—Está muerto—exclamaron varios.

—¿Puede morir?—preguntáronse extrañados.

—Sí, puede morir—respondió Gola—. El amo lo ha dicho.

—El puede morir también... El amo de la casa del dolor puede morir también.

Los instintos animales y de fiereza de aquellos entes creados por el doctor se manifestaron desde aquel instante en toda ímpetu. Había desaparecido en ella cuanto había de racional y sólo pensaron en vengarse del hombre que los había colocado en aquella forma, sin conseguir hacerlos todo lo humano que tenían que ser para poder ser felices.

Eran una mezcla de animales y hombres, sin ninguna de las dos cosas. Muchos de ellos aun conservaban las patas de su origen y el cuerpo que la ciencia del doctor les había dado. Eran aquellos los fracasos que Moreau había tenido en sus principios. Resultaba que les había logrado el entendimiento de un ser humano y no le había dado ninguna de sus facultades. Era en aquellos instantes un odio inextinguible el que sentía hacia el doctor y empezaron a gritar para enardecerse unos a los otros y lanzarse sobre la casa del doctor.

Los gritos eran tan ensordecedores que llegaron hasta la casa de Moreau quien les dijo a sus huéspedes:

—Esta noche andan revueltos los indígenas. Sera preciso que vaya yo a tranquilizarlos.

Cogió su fusta y les dijo a la vez que iniciaba la marcha hacia el valle:

—Si tienen miedo cierren las verjas... Tardaré poco en volver.

Tras él salió Miling, que no se apartaba un sólo momento de Moreau y Montgomery exclamó:

—Allá va Mling... Es el perro fiel que nunca abandona a su amo.

Seguro de la influencia que ejercía sobre todos aquellos seres, el doctor se dirigió al valle, donde los gritos eran ensordecedores e hizo sonar el gong.

Al sonido de éste cesaron los gritos y Moreau, queriendo imponerse, les dijo enérgicamente:

—¿Qué es la ley?

Los revoltosos no respondieron y otra vez preguntó Moreau:

—¿Qué es la ley?

Un murmullo acogió estas palabras. Era aquel el preludio de la tragedia que se avecinaba y uno de los entes creados por el mismo doctor, respondió:

—No más ley.

Gola se insolentó también y azuzando a los otros, les dijo:

—El dijo derramara sangre... El dijo matarás.

—¿Olvidáis la casa del dolor?—preguntó Moreau para amedrantarlos. Pero aquellas palabras solamente consiguieron exaltar la venganza de ellos, que exclamaron:

—Tú nos hiciste en la casa del dolor... ¡Tú..., tú hiciste *cosas* de nosotros.

—¡No, hombres!—exclamó uno de ellos.

—¡No, bestias!—respondió otro.

—¡Parte bestia!—exclamaron varios.

—¡Parte hombres!—gritaron otros.

Moreau luchaba por contener la avalancha que se le venía encima y no sabía cómo salvar aquella situación. Aquellos seres demostraban un estado de amenaza tal que el mismo doctor comprendió que el momento era peligroso en extremo.

—¡Atrás, imbéciles!—les gritó Moreau fustigándolos con el látigo.

Pero, a pesar de los golpes que recibían los entes creados por él seguían avanzando cada vez más amenazadores, cada vez más inquietos.

—¡Os encerraré en la casa del dolor!... ¡Os haré sufrir los más crueles dolores. Su látigo no descansaba un instante cruzando el rostro de los que le atacaban hasta hacerles brotar sangre. Pero ni el dolor que experimentaban por los golpes ni el temor a verse encerrados nuevamente en la casa del dolor, los obligaba a detener.

En la casa, Montgomery y los dos jóvenes adivinaban lo que estaba pasando y el ayudante del doctor les dijo:

—Es preciso huir. Dentro de una hora sería tarde.

—¿Y el doctor?—preguntó Ruth.

—No se puede pensar en salvarlo. Muere por los mismos seres que él ha creado.

Salieron de la casa por la misma puerta que Lota le había enseñado a Parker y Gola, que los vió los siguió para apoderarse de Ruth.

Advirtió Lota lo que se proponía y corrió tras él dispuesta a no dejar que los acometiese. Saltando por los árboles corriendo de una rama a otra hasta que finalmente consiguió enca-

ramarse en una rama y al pasar por debajo de ella Gola se lanzó sobre él.

Los instintos animales de los dos seres creados por Moreau se desataron tan fieramente, que uno y otro se acometieron con zaña.

Los rugidos que lanzaban durante la lucha hicieron que volviesen atrás y entonces vieron que Lota yacía estrangulada en el suelo, y que Gola desangrado por los bocados de Lota daba los últimos espasmos de la agonía.

Una hora más tarde, en la misma canoa que los había llevado al puerto, Montgomery, Parker y Ruth se dirigían hacia el barco, cuyo capitán había muerto, para emprender la marcha hacia el mundo civilizado, lejos de aquella isla maldita que el doctor Moreau había creado en su locura.

FIN.

No deje de leer

MATER DOLOROSA

La novela del calvario de una madre que ama y sufre.

Ediciones Biblioteca Films

La más antigua novela cinematográfica

PROXIMO NUMERO:

VUELAN MIS CANCIONES

•Como mi amor que nunca morirá mi sinfonía siempre quedará incompleta•

Novela basada en el genio del inmortal Schubert, cuyo asunto romántico y patético en extremo. hace vibrar los corazones.

MARTHA EGGERTH — HANS JARAY

Exclusivas Ufilms

OTROS EXITOS EN PREPARACION

¿DIME, QUIEN ERES TU?

Confetti, serpentinas, antifaces.., CARNAVAL. PIERROT y COLOMBINA... AMOR, esto es el dinamico asunto de esta novela.

Exclusivas I. B. I. — LIANE HAID

NACIDA PARA PECAR (Lady Lou)
UNA DE NOSOTRAS
AUDIENCIA IMPERIAL
EL COLLAR DE LA REINA

PIDA HOY MISMO EL

CATALOGO ILUSTRADO
DE
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 1934

Y EL CATÁLOGO GENERAL DE EDITORIAL "ALAS" que se remite gratis a

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA

PORTADA A TODO COLOR
PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

LA MAS SELECTA

MENTIRAS DE NIÑA PETROWNA	Emil Jannings
EL LOCO CANTOR	Chevalier
LOS PECADOS DE LOS PADRES	María Corda
EL DESFILE DEL AMOR	Gloria Swanson
EL AMOR Y EL DIABLO	L. La Plante
LA INTRUSA	F. Bertini
LA MARSELLESA	Mary-Douglas
¡ME PERTENECES!	E. Vilches
LA FIERECILLA DOMADA	Roberto Rey
UN HOMBRE DE SUERTE	N. Talmadge
CASCARRABIAS	Willy Fritsch
NOCHES DE NEW-YORK	Al Jonson
LA MUJER EN LA LUNA	Brigite Helm
EL ZEPELIN PERDIDO	Conway Tearle
LAS LUCES DE LA CIUDAD ...	Charlie Chaplin
SU NOCHE DE BODAS	I. Argentina
DON JUAN DIPLOMATICO	C. Montalbán
EL EMBRUJO DE SEVILLA ...	Ladrón de Guevara
LA ULTIMA ORDEN	Emil Jannings
NAUFRAGOS DEL AMOR	J. Mac Donald
EL CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey
EL COMEDIANTE	E. Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES ...	Carlos Gardel
EL TENIENTE SEDUCTOR	Chevalier
EL SECRETARIO DE MADAME	Willy Forst
LA ARLESIANA	José Noguero
ENTRE NOCHE Y DIA	Elena D'Algy
LOS QUE DANZAN	A. Moreno
AL ESTE DEL BORNEO	C. Bisckford
M. (El Vampiro de Dusseldorf) ...	P. Lorre
LA DAMA ATREVIDA	R. Pereda
FATALIDAD	M. Dietrich
EL PRINCIPE GONDOLERO ...	Roberto Rey
SVENGALI	J. Barrymore
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar
EL DOCTOR FRANKENSTEIN ...	B. Karloff
PAGADA	Joan Grawfort
CATOLICISMO	G. Froelich
KISMET	Loretta Young
CIMARRON	Richard Dix
EL TENIENTE DEL AMOR	G. Froelich
DIRIGIBLE	Jack Holt
LA DAMA DE UNA NOCHE	F. Bertini
NACIDA PARA AMAR	C. Bennet
AVENTURAS DE TOM SAWYER	Jackie Coogan
MARIUS	Raimu
UNA MUJER DE EXPERIENCIA	Nancy Carroll
EL ANGEL DE LA NOCHE ...	H. Twelvetrees
UNA CANCION, UN BESO, UNA MUJER	G. Froelich
UNA HORA CONTIGO	M. Chevalier
DOS CORAZONES Y UN LATIDO	Lilián Harvey
RONNY	Kathe de Nagy
ATLANTIDA	Brigitte Helm
EL EXPRESO DE SHANGHAY	M. Dietrich
COCKTAIL DE CELOS	C. Bennet
UN CHICO ENCANTADOR	Henry Garat
LA REINA DRAGA	Pola Negri
VICTORIA Y SU HUSAR	I. Petrowich
EL CONGRESO SE DIVIERTE	Lilian Harvey
REMORDIMIENTO	P. Holmes
¡QUE PAGUE EL DIABLO! ...	Ronald Colman
EL IDOLO	John Barrymore
BAJO FALSA BANDERA	Richard Dix
MANCHURIA	Frederich March
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO	Silvya Sidney
DAMAS DEL PRESIDIO	Charlote Susa
ESPERAME	C. Gardel
AMAME ESTA NOCHE	M. Chevalier
UN "AS" EN LAS NUBES	Billie Dove
LA COMEDIA DE LA VIDA	Florelle
UNA NOCHE CELESTIAL	John Boles
POR LA LIBERTAD	Luis Trenker
EL MARIDO DE MI NOVIA	Marie Glory
PRESTIGIO	Adolphe Menjou
ROCAMBOLE	Rolla Norman
14 DE JULIO	Rene Clair
REDIMIDA	Frederich March
EL MILAGRO DE LA FE	Hobart Boswort
LA VENUS RUBIA	M. Dietrich
RASPUTIN	Conrat Veidt
LA AMANTE INDOMITA	Bebe Daniels
MERCEDES	I. Santpere-Arcos
SUEÑO DORADO	Lilián Harvey
CORRESPONSAL DE GUERRA.	Jack Holt
UNA MUJER PERSEGUIDA ...	Vinne Gibson
UNA MUJER CAPRICHOSA ...	C. Colbert
LABIOS SELLADOS	Clive Broock
¿DELINCUENTE?	Boris Karloff
CRUEL DESENGAÑO	B. Stanwyck
INDISCRETA	Gloria Swanson
EL DOCTOR ARROWSMITH ...	Ronald Colman
DIPLOMATICO DE MUJERES ...	Marta Eggerth
LA ULTIMA ACUSACION	John Barrymore
LA HIJA DEL DRAGON	Ana May Wong
¿QUE VALE EL DINERO?	G. Bancroft
VIAJE DE NOVIOS	Brigtte Helm
PASTO DE TIBURONES	Edward Robinson
EL ROBINSON MODERNO	D. Fairbanks
SOLTERO INOCENTE	M. Chevalier
1 F. 1. NO CONTESTA ...	Charles Boyer
MELODIA DE ARRABAL	Argentina Gardel
EL SIGNO DE LA CRUZ	March. E. Landi
TODO POR EL AMOR	J. Kiepura
DANTON	J. Gretilla
ESTRELLA DE VALENCIA	Brigitte Helm
CASADA POR AZAR	Clark Gable
KING-KONG	Fay Wzay
YO Y LA EMPERATRIZ	Lilián Harvey
MADAME BUTTERFRY	Sylvia Sidney
EL BESO ANTE EL ESPEJO ...	Nancy Carroll
VAMPIRESAS 1933	Warren William
S. O. S. ICEBERG	Rod Laroque
AMORIOS (Liebeley)	Magda Schneider
MATER DOLOROSA	Lini Noro

EDITORIAL "ALAS" Apartado de Correos 707
Valencia, 234 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Ya está a la venta la 4.ª edición de

EL SIGNO DE LA CRUZ

La novela cumbre de la cinematografía

1 Peseta

35.000 ejemplares vendidos

EL RECORD

de las novelas cinematográficas

Pida su ejemplar hoy mismo y será obsequiado con el nuevo y fastuoso CATALOGO ILUSTRADO, que reproduce las artísticas portadas de

Ediciones Biblioteca Films

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

UNA peseta